



DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1º Y 15 DE CADA MES

SUMARIO:

CARLOS RADECK. — La Revolución Rusa.

LEON TROTZKY. — La Revolución de Octubre.

JACQUES SADOUL. — El espíritu de revolución.

EL II CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA. — Tesis presentadas por el Comité Ejecutivo. — (B. Los Partidos Comunistas y la cuestión parlamentaria. Condiciones de admisión de los Partidos en la Internacional Comunista).

A. SCHLAPNIKOFF. — Del movimiento gremial en Rusia. — (Historia Situación actual. Estructura de la organización. Organizaciones gremiales y partidos políticos. La contrarrevolución. La lucha por el poder de los Soviets. El movimiento gremial después de la Revolución de Noviembre. El Congreso).

ARTHUR RANSOME. — El Comité de Trabajos Públicos.

JACQUES SADOUL. — Notas sobre la Revolución bolsheviki.

EUGENIO VARGA. — Los problemas del Soviet Húngaro. (Conclusión).

Los documentos que se insertan son auténticos



DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

La Revolución Rusa (1)

Toda mi alma ha estado pendiente, en estas últimas semanas, de los sucesos de Petrogrado. De él me separaba una barrera contra la que se estrellaban todos mis esfuerzos.

Inútilmente intentaba atravesarla y aproximarme, a través de las nubes, a mis hermanos de Petrogrado. Lo que yo tenía que decir no podía gritarlo más que allá lejos, en el frente de combate; no tenía palabras más que para los obreros rusos, no para los espectadores de Europa.

En 1917 yo estaba en la montaña; dos veces, por día, descendía al correo, a través de la nieve, para buscar los periódicos. Me parecían escritos con sangre. Yo veía cada hombre que caía sobre el campo de batalla. Y cuando leía la prensa socialista que informaba y comentaba, una oleada de odio henchía mi corazón.

¡Hombres que discutían la muerte de sus vecinos! ¡Si no podían impedirlo, si no podían arrojarse bajo las ruedas de los cañones lanzados al galope; que no las gritasen! Y cuando pensaba en los obreros de las ciudades y de las fábricas que construían, día y noche, instrumentos de muerte, los execraba. Y aún les aborrecía más. Viéndoles contemplar, estúpidamente, cómo se forjaban las nuevas cadenas — esto era en el momento de la discusión de la ley sobre el servicio auxiliar en el Reichstag — y la manera categórica con que protestaban esos buenos independientes.

Muchas tardes enmudecía, allá arriba, lleno el corazón de este odio nacido de la sangre derramada sobre los campos de batalla, gracias al humo de las fábricas, y, durante varias semanas, me esforcé en transformar en ideas los sentimientos que me invadían, ejercitaba mis dedos en escribir, mi cólera se apaciguaba y acababa por preguntarme: ¿cómo puedes tú buscar el grado de presión necesario para hacer salir al mar de sus orillas?

Y en este mismo instante en que escribo, desaparecen las desesperanzas y el odio que me poseían cuando leía vuestra prensa de los últimos tiempos, y, sobre todo, la prensa comunista.

Pero este odio está presto a despertar aún: se me enciende cada día cuando leo cómo contáis la lucha por Petrogrado, cómo la comentáis, cuando no oigo salir de ningún pecho el menor grito, ni estallar un himno en cada corazón.

Cuando pienso en Petrogrado, mi sangre afluye al corazón y quisiera estar allí para hacerme enterrar, si fuera necesario con nuestros camaradas. Estoy unido a esta ciudad como un niño que viere, desde la cabecera del lecho, como agoniza su madre y no puede hacer otra cosa que mirarla, debatirse entre la vida y la muerte, condenado a derramar lágrimas sobre sus magníficos despojos y a llevarla a la tumba para verla surgir de nuevo en un transporte de júbilo.

Así son los obreros de Petrogrado los que han osado tomar el Poder entre sus manos. Nadie de entre vosotros sabe lo que esto significa. Ser esclavo, azotado, maltratado, arrastrado a la guerra, sufrir las más grandes humillaciones, ver derrumbarse el mundo burgués y declara, en medio de las ruinas, en pleno temblor de tierra: «Esta es mi obra: yo voy a reorganizar el mun-

do». He aquí lo que han cumplido los obreros de Petrogrado, pese a todos los excépticos.

Los nueve décimos de los intelectuales del Partido, los mejores, Zinovieff, Kameneff, Rykow, Noguiné, se oponían a Lenin, cuando en su ardor declaró: «El momento ha llegado!» Temblaban entonces.

Examinaban las dificultades de la dictadura del proletariado. Pero cuando llegó la hora y vieron al proletariado completamente abandonado de todo lo que constituye educación y cultura, sostenido solamente por las pesadas masas de campesinos, amenazados de volver a caer mañana en la barbarie de la Edad Media, entonces retrocedieron de espanto. Y fueron los obreros los que se colocaron inmediatamente detrás de Lenin; y no solamente lo selecto de los obreros, sino el personal de las fábricas y de los talleres, uno tras de otro: «Si somos los que creamos, nosotros creamos un mundo nuevo».

Es preciso tener completamente asimilada la historia de la Humanidad y ésta de los que combatían por el comunismo, para luchar hasta la muerte. Yo conservaré para siempre el recuerdo de este mes de noviembre de 1917. He presenciado desde lejos los meses del debut, con la angustia del espectador. Cuando en julio los camaradas eran conducidos como espías sobre camiones automóviles, cuando Lenin estaba amenazado de tener que esconderse, cuando temblábamos por su vida y nosotros éramos detenidos por encima de sus órdenes y de los del Comité Central, yo me preguntaba: ¿qué dirán los obreros de Petrogrado?

Toda la prensa aportaba pruebas de que nosotros éramos espías alemanes. Nuestra imprenta fué saqueada. Gorki no tenía el valor de desmentir estas calumnias y declarar que Lenin no podía ser un espía de Alemania. El reclamaba pruebas.

Gorki, que durante varios años le había tomado por modelo con amor y respeto, no osaba declararse por Lenin. Después llegó el diario de Helsingfors Hufvudstadsbladet, yo deltreaba, diccionario en mano, las informaciones sobre los acuerdos de las fábricas. Los obreros de Petrogrado estaban duros como el hierro y no vacilaban, a pesar de los cañonazos. Cuando tomaron el Poder, en la noche del 7 de noviembre con la decisión de un hombre maduro y el entusiasmo de un adolescente, comenzaron a llegar las noticias de que Krensky marchaba sobre Petrogrado con las tropas del frente, que había tomado la ciudad, que los obreros se defendían en Whassili Ostrow. Después, de nuevo los días y las noches pasaron, y nosotros nos preguntábamos, temblando, si no habrían sucumbido. Yo fui a Petrogrado sin saber si la frontera estaba en nuestras manos. Y, durante el largo trayecto a través de Finlandia, recibía las nuevas más terribles sobre la escisión del Partido y sobre el caos general. Es por esto que yo leía con temblorosa avidez los diarios en Bielo Ostrow. Eran todos órganos de la burguesía. Os podréis figurar lo que contenían.

(1) Escrito en la prisión en Alemania en una carta dirigida a los comunistas.

APARECIÓ

el interesante libro de

LEON TROTZKY

El advenimiento del bolshevikismo

Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk).
Carta del autor a los Revolucionarios Franceses.

Es la Historia mejor documentada del momento más culminante de la Revolución Rusa.

Precio del ejemplar: \$ 1.—

No se enviará el libro sin que previamente no se remita su importe, acompañado del correspondiente gasto de franqueo.

Los pedidos no menores de 10 ejemplares 25 % de descuento.

En venta en todas las principales librerías, kioskos y en esta administración.

Pedidos a JOSÉ NÓ, Casilla de Correo 1160. — Buenos Aires.

Folleto de N. Lenin en venta

LOS SOCIALISTAS Y EL ESTADO \$ 0.20

LAS ENSEÑANZAS DE LA COMUNA DE PARIS . . . " 0.20

LOS REFORMISTAS Y EL ESTADO. — CRITICA DE ENGELS " 0.20

LA SOCIEDAD COMUNISTA " 0.20

Pedidos a José NÓ, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

APARECIO

LENIN

SU VIDA Y SU ACTIVIDAD

por G. Zinovieff

Pídalo en los kioskos.

Precio: 0.20 ctvs.

Eran poco más o menos las diez de la mañana cuando el tren entraba en Petrogrado. El Sol disipaba las nubes. Yo me acerqué a la ventanilla y miré a través de los cristales. Una luz gris envolvía un mar de casas. Nos aproximábamos a la estación final. Atravesábamos una pradera; yo miro, miro y una profunda alegría me invade. En fila, los obreros de Petrogrado hacen ejercicios con el fusil al hombro: el primer ejército de obreros que empuña las armas, no para el capitalismo, si no para la clase obrera.

Os podéis imaginar que, en los primeros tiempos, existía en todo un gran desorden. Sabotaje de los intelectuales, necesidad de destruir toda la mecánica del Estado, falta de aprendizaje, lucha para libertar a la clase baja.

Yo, que salía del orden reinante en los países neutrales, a pesar de toda mi convicción teórica de la necesidad del paso que acababa de darse, me encontraba bajo el golpe de una impresión demasiado dura.

Lenine se rió cordialmente cuando yo le expresé mis sentimientos: «Si — me dijo — todo es desorden por aquí, pero ya saldremos de esto. Abandonad el Smolny (el jurado de los Soviets) y marchad a Wassili Ostrow, cerca de los obreros. Allí tomaréis fuerzas».

He ido a las fábricas, he asistido a las sesiones de los Consejos de obreros, de los Comités de distritos y a los del Tribunal del pueblo, que comenzaban a juzgar y defender a los acusados (ladrones, vagabundos y todo el desperdicio del lodo capitalista).

Escuchaba lo que se decía en las calles y mi confianza crecía. Porque, a través de este caos, veía girarse los nuevos pilares y aparecer, por encima de estas ruinas y de esta podredumbre, un orden nuevo y a los arquitectos de esta nueva vida.

Cuando algunas semanas más tarde, quise ir a Brest Litovsk, encontré la estación casi tomada por asalto por una multitud de pequeños burgueses, de campesinos y de soldados.

Todos querían partir: se aproximaban las fiestas de Navidad. No había más que algunos trenes y los guardias rojos tenían que rechazar a culatazos a la muchedumbre. Yo estaba a la ventanilla de nuestro tren especial; un tren del zar, a todo lujo, y la multitud le miraba medio envidiosa, y medio respetuosa sin querer tomarse por asalto; habían oído decir que éste era el tren de la delegación de la paz. Yo advertía una profunda ansiedad en los ojos de numerosas camaradas, que parecían preguntarse: «¿Qué paz podremos obtener en estas condiciones militares? Aquí la desorganización completa y allí abajo la organización alemana».

Nosotros guardamos silencio durante todo el trayecto. Cuando hubimos atravesado nuestras trincheras abandonadas y penetramos en las de los alemanes, limpias, bien ordenadas, guardadas en cada recodo por un funcionario silencioso, adiviné en el silencio de mis camaradas esta pregunta: «¿Qué saldrá de todo esto?».

Montamos en el tren alemán que nos esperaba. Un poco antes de comer, quedé sólo con Trotsky. «A pesar de todo — le digo en voz baja — nosotros venceremos».

«Sí», me respondió con una voz tranquila y firme. Teníamos en el alma la imagen de la vida nueva; sabíamos que ella podía ser momentáneamente dominada, pero que ya no desaparecería nunca.

Esto es lo que nos había señalado el obrero de Petrogrado.

Sobre todo esto basamos nuestra política en Brest. Cuando nos retiramos sin haber firmado la paz y sabiendo que algunos días después nos veríamos obligados a firmar otra en peores condiciones, los obreros nos comprendieron. Ellos sabían que nosotros debíamos enseñar al mundo que nunca firmaríamos una paz semejante más que bajo la amenaza del revólver. Pero, al mismo tiempo, ellos clamaban por el fin de la guerra: «Ya no podemos seguir combatiendo». Lenine, este tripa cerebro, participaba de esta opinión: «La lucha es, por ahora, imposible, y no será fácil hasta que hayamos consolidado los fundamentos de la nueva vida. Por

tanto, la paz a cualquier precio, ya que ella nos da la posibilidad de trabajar durante algunos meses».

Nosotros, los más jóvenes (Boulhaert, Obolski, Lomoff, Svirnyoff, y entre los viejos, Uritsky, el profesor Pevkovsky), no nos podíamos resolver a capitular ante el enemigo exterior en el momento de nuestra victoria sobre el enemigo interior; no nos queríamos retirar de la gran ofensiva. (El arte más difícil es el de la retirada. Nosotros lo hemos aprendido más tarde, y en la historia, la mayor gloria de Lenine será la de haberlo comprendido el primero). Nosotros disimulábamos nuestra resistencia sentimental a la capitulación con formidables planes estratégicos: traslado del Gobierno más allá del Volga, dejar que el imperialismo alemán se desangrara de la Rusia central del Ural.

Pero predicábamos en desierto. No solamente las masas obreras que aspiraban a la paz, sino sus elementos de primera línea, nos declararon: «No; lucharemos con los alemanes si nos rehusan la paz; pero si nos queda una pequeña probabilidad de obtenerla, la debemos aprovechar».

El ataque alemán comenzó; la segunda delegación de la paz fué a Brest para negociar bajo la amenaza de los cañones. No sabíamos si los alemanes accederían. Cuando llegó el anuncio de la ofensiva alemana, todas las sirenas de las fábricas de Petrogrado silbaron. El Comité de Petrogrado decidió exigir del Gobierno su salida de la capital y la defensa hasta la última gota de sangre. El Gobierno votó la resolución de defenderse.

Entonces llegaron días inolvidables, en los que, bajo las órdenes de aquellos mismos obreros que se habían pronunciado por la paz a cualquier precio, las fábricas enviaron sus mejores hombres y mujeres al frente, contra Bkow. La primera noche, el Instituto Smolny fué invadido por los delegados de los Consejos de distrito. Este es un recuerdo que no olvidará ninguno de los que hayan vivido estas horas. Día y noche se continuaban los preparativos de combate; si los alemanes no hubieran concluido la paz, tendrían que conquistar Petrogrado calle por calle. El ejército de campesinos, desmovilizados y desmoralizado, huía de delante de ellos. Los contingentes obreros, provisionalmente constituidos, no podían, en campo raso, oponer ninguna resistencia a los alemanes; pero en Petrogrado preparábamos una batalla como los alemanes no habían visto ninguna. Puentes y arsenales estaban minados; la ciudad, dividida en barrios que tendrían que ser tomados uno tras de otro.

Uritsky, el querido Uritsky, aquel nuevo amigo que el verano último fué muerto en Petrogrado por la bala de un contrarrevolucionario socialista que decía durante la guardia de una noche en el Comité de defensa: «Tendrán que tomarme casa por casa» «Calle por calle» — decía Swerdlow, presidente del Comité Central de los Soviets.

Yo estaba tendido sobre la mesa y miraba a los dos hombres: Uritsky, el adversario de la firma de la paz, y Swerdlow, uno de los más decididos defensores de esta necesidad. Y yo reía interiormente, pensando que tenía igual confianza en los dos hombres y la certeza de que Iaschka Swerdlow trabajaría con nosotros en Petrogrado hasta el fin.

Foy, Swerdlow ha muerto también. A estas horas discutí quizá, entre los bienaventurados, con Uritsky, quien tenía entonces la razón. Si, querido Iaschka, esto era importante entonces; pero no lo es menos hoy.

Lo importante es, sin embargo, que nosotros, que vivimos y combatimos todavía, conservemos en el espíritu, mientras vivamos y nos veamos obligados a combatir, la imagen del invencible proletariado de Petrogrado.

Cuando la paz se firmó tuve que abandonar la capital. ¡Me era bien doloroso abandonar al Gobierno, es decir, a millares y millares de compañeros de esta ciudad muerta! (La llamaban así mientras estuvo abandonada y bajo la amenaza del enemigo y de un difícil aprovisionamiento). ¡Era bien duro separarse de Petrogrado!

El trabajo monstruo, no solamente de la capital, sino

de todo el gran barrio del Oeste, se encontraba exclusivamente en manos de los obreros. Nueve o diez comisarios de la Comuna de Petrogrado eran obreros. Después que Uritsky fué muerto, Zinovieff fué casi el único intelectual de prestigio que quedaba en este peligroso puesto. ¡Y qué trabajo tuvieron que hacer! Entre las más difíciles tareas, el aprovisionamiento de la ciudad que carecía de pan, las grandes fábricas de municiones, otras que no podían transportarse rápidamente, y diez mil intelectuales hostiles, rabando de hambre y un ejército de criaturas de Alemania y de la Entente.

Y contuvieron el golpe.

Pasaron semanas en las que no hubo ni el más pequeño trozo de pan y en las que se repartían trozos de arenques y pasas. La banda de los mencheviques que bajo el gobierno capitalista de Kerensky imponían la calma, comenzaron una furiosa propaganda.

«Un hermoso gobierno obrero que os hace reventar de hambre» — decían. Y llegaron a hacer flaquear a las masas hambrientas.

Pero la vanguardia de los obreros se mantenía firme como un muro. Acogotaron a los charlatanes, lucharon como leones en las fábricas contra los cobardes, organizaron los primeros batallones que fueron de pueblo en pueblo buscando pan, y no tenían aun fuerza cuando estalló la sublevación checoslovaca, y el ejército rojo, aun en formación, ensayaba, derrotada derrotada, a enviar millares y millares de obreros petroburgueses al frente para que reparasen los daños.

La Revolución de octubre

A propósito del segundo aniversario de la revolución de octubre, que será festejado próximamente, me parece útil poner de relieve uno de los rasgos distintivos de esta revolución, que no se ha destacado como hubiera sido conveniente en los recuerdos y en los artículos que se le han consagrado. La insurrección de octubre fué, por decirlo así, fijada de antemano, con una fecha precisa, el 25; se fijó la fecha, no en una reunión secreta, sino abiertamente, públicamente, y esta insurrección victoriosa tuvo efecto el 25 de octubre como se había decidido.

La historia del mundo conoce un gran número de revoluciones y de insurrecciones. Pero será en vano buscar en la Historia otra insurrección de la clase obrera que haya sido fijada de antemano y públicamente para una fecha precisa y realizada el día fijado, y victoriosamente. Desde este punto de vista, como desde muchos otros, por otra parte, la revolución de octubre es única e incomparable.

La toma del Poder en Petrogrado había sido precisada el día de la reunión del segundo Congreso de los Soviets. Este «coincidencia» no era el acto de conspiradores prudentes, sino que resultaba del conjunto del curso anterior de la revolución, y, en particular, de toda la obra entera de agitación y de organización de nuestro Partido. Reclamábamos la entrega del Poder a los Soviets. Alrededor de esta consigna había agrupado, bajo el estandarte de nuestro partido una mayoría de todos los Soviets, de mayor importancia. Ocurrió, pues, ulteriormente, que no nos fue posible limitarnos a «reclamar» la entrega del Poder a los Soviets; en nuestra cualidad de Partido director de los Soviets, debíamos tomar aquel Poder. No dudábamos de que el segundo Congreso de los Soviets nos daría la mayoría. Tampoco nuestros enemigos se podían engañar a este respecto. Ellos, por su parte, se habían opuesto con todas sus fuerzas a la convocación del segundo Congreso. En la reunión de la Sección soviética de la «Conferencia democrática» el mencheviki Dan apeló a todos los medios para hacer fracasar la convocación de un segundo Congreso de los Soviets. Y cuando ya

Cuando en agosto de 1918 Bela Kun volvía del frente del Ural, me dijo: «Los mejores soldados son los obreros de Petrogrado».

Y, al mismo tiempo que mantenían esta lucha contra el hambre, contra los checoslovacos, contra el cólera, cumplían un trabajo de instrucción que no tiene igual: es preciso haber visto cómo se ocuparon de la infancia, cómo organizaron la primera Universidad del pueblo, qué partido sacaron de los teatros, para saber lo que es Petrogrado. En Agosto de 1918 tuve que atravesar Petrogrado. El cólera diezmaba aun la ciudad despojada. Y era entonces una ciudad más limpia que nunca había sido, obra de los millares de voluntarios que organizaron este servicio. Yo la recorrí en todos sentidos, lleno de admiración hacia los petroburgueses.

Comi en el Smolny con todos los comisarios; estos poderosos del día no recibían más que un trozo de azúcar para su te. Cuando yo he hablé de las perspectivas del porvenir, todos estaban llenos de confianza. En tanto que estemos cercados por tropas de Alemania y de la Entente — declararon estos hombres — tendremos vestidos de cuero y corazones de acero.

Mientras tanto luchaban entre los tanques británicos y los cañones de la gran flota.

Y estoy hoy aquí sin poder comprender cómo es posible que ningún obrero de Europa se levante para gritar:

¡A las armas! ¡Petrogrado en peligro!

Carlos Radeck.

le fué imposible conseguirlo, intentó retardarle. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios motivaban su oposición a la convocación del Congreso de los Soviets, sosteniendo que este Congreso podía servir de palestra a los bolsheviks para una tentativa de apoderarse del Poder. En lo que a nosotros concierne, insistimos en la convocación urgente del Congreso sin ocultar que, a juicio nuestro, era necesario para arrancar el Poder de manos del Gobierno de Kerensky. Finalmente, en la votación de la sesión soviética de la «Conferencia democrática», Dan consiguió retardar la fecha de la convocatoria del Congreso desde el 15 hasta el 25 de octubre. De esta suerte, el político «realista» del menchevismo había regateado a la Historia un plazo exactamente igual a diez días.

En todas las reuniones de obreros y soldados que tuvieron lugar en Petrogrado, nosotros presentamos la cuestión de la manera siguiente: el 25 de octubre debe reunirse el Segundo Congreso de los Soviets; el proletariado y la guarnición de Petrogrado exigirán del Congreso que ponga, ante todo, en el orden del día la cuestión del Poder y que la resuelva en el sentido de que en lo sucesivo el Poder pertenece al Congreso general de los Soviets; si el Gobierno de Kerensky intenta dispersar el Congreso — son los mismos términos innumerables resoluciones votadas a este fin — la guarnición de Petrogrado dirá la última palabra.

La propaganda se hacía cotidianamente sobre este terreno. Al fijar el Congreso en el 25 de octubre y al concretar la primera y en realidad la única «cuestión» inscrita en el orden del día, en la realización (no la condeción, sino la realización) de la entrega del Poder a los Soviets, esto es, al fijar el golpe de Estado para el 25 de octubre, preparábamos abiertamente a los ojos de la «sociedad» y de su «Gobierno» una fuerza armada para realizar la revolución.

La cuestión del envío fuera de Petrogrado de una parte considerable de la guarnición estaba ligada íntimamente con la preparación del Congreso. Kerensky temía (con razón, por otra parte), a los soldados de Petrogrado. Propuso a Chermissov, que mandaba, en-

tonces, el ejército del Norte, que llamara al frente a los regimientos que no eran seguros. Cheremissov, como se refirió a la correspondencia que se encontró después del 25 de octubre, se negaba a ello, estimando que la guarnición de Petrogrado estaba demasiado trabajada por la propaganda bolsheviki, y, por consecuencia, no podía ser de ninguna utilidad en la guerra imperialista; pero en fuerza de insistir Kerensky, a quien guiaban motivos puramente políticos, Cheremissov acabó por dar la orden que se exigía de él.

En cuanto se transmitió la orden relativa a la transferencia de las unidades de la guarnición «para ser ejecutadas», por el Estado Mayor del Departamento militar al Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado, se puso en claro para nosotros, los representantes de la oposición proletaria, que aquella cuestión podía admitir en el curso de su desarrollo ulterior una importancia política decisiva. En la ansiedad de la espera del golpe de Estado, fijado para el 25 de octubre, Kerensky intentaba desarmar la capital rebelde. No nos quedaba ya más que oponer al Gobierno de Kerensky, en aquel terreno, no solamente los obreros, sino toda la guarnición. Sin más dilación, decidimos crear, bajo la forma de Comité Revolucionario de Guerra, un órgano destinado a verificar las razones de guerra susceptibles de justificar la orden relativa a la retirada de la guarnición de Petrogrado. En el fondo, así es como se creó, al lado de la representación política de la guarnición (la sección de soldados en el Soviet), el cuartel general revolucionario de esta guarnición. Nuevamente «comprendieron» los mencheviki y los socialistas revolucionarios que se trataba de crear el aparato de una insurrección armada, y abiertamente lo declararon así en la sesión del Soviet. Aun votado contra la formación del Comité Revolucionario de la Guerra, los mencheviki entraron en su composición en calidad de empleados del registro o de escribas, en el momento mismo del golpe de Estado. Así es como después de haber regalado diez días de existencia política, se aseguraron después el derecho de asistir como espectadores honorarios a su propia muerte política.

El Congreso se había fijado, pues, para el 25 de octubre. El Partido, seguro de la mayoría, pasó al Congreso por objetivo el de aduccionamiento del Poder. La guarnición, que se había negado a salir de Petrogrado, fue movilizada para la defensa del Congreso. El Comité Revolucionario de la Guerra, opuesto al Estado Mayor del departamento, fue transformado en Estado Mayor Revolucionario del Soviet de Petrogrado. Todo esto se hizo abiertamente a los ojos de todo Petrogrado, del Gobierno de Kerensky y del mundo entero. El hecho es único en su género.

Durante este tiempo la cuestión de la insurrección armada era abiertamente el objeto de los debates, tanto en el Partido como en la prensa. Las discusiones se apartaron sensiblemente del curso de los acontecimientos, y no se referían ni a la insurrección ni al Congreso ni al alejamiento de la guarnición, sino que consideraban el golpe de Estado como un complot preparado por conspiración. En realidad, la insurrección armada fue no solamente «aceptada» por nosotros, sino preparada para una fecha precisa, fijada de antemano, y hasta su carácter fue determinado previamente — por lo menos en lo que concierne a Petrogrado — por el estado de la guarnición y la actitud de ésta hacia el Congreso de los Soviets.

Ciertos camaradas acogieron con escepticismo la idea de que la revolución pudiera ser fijada así, con una fecha precisa. Les parecía más seguro hacerla de una manera estrictamente conspirativa, y aprovechar la ventaja considerable de que no podíamos menos de tener obreros de un modo imprevisto. Efectivamente, Kerensky esperaba la insurrección para el 25 de octubre, y podía prepararse para ella haciendo venir fuerzas frescas, depurando la guarnición, etc.

Pero es precisamente la cuestión de la modificación de la composición de la guarnición de Petrogrado lo que se hizo el centro mismo del golpe de Estado del 25 de octubre. La tentativa hecha por Kerensky de modificar la composición de los regimientos de Petrogrado fue considerada, con razón, como una con-

secuencia del atentado de Kornilov. Por otra parte, la insurrección «legalizada» hipnotizaba en cierto modo al enemigo. Al no hacer que se ejecutara a la letra la orden que había dado de enviar la guarnición al frente, Kerensky acrecentó considerablemente la confianza de los soldados en sí mismos, y contribuyó a si a asegurar el éxito del golpe de Estado.

Después de la revolución del 25 de octubre, los mencheviki, especialmente Martov, han hablado mucho de la toma del Poder por un puñado de conspiradores que habían obrado, según ellos, a escondidas del Soviet y de la clase obrera. Es difícil imaginar una ofensa más potente a la verdad, tal como se desprende de los mismos hechos; es difícil también darse un mentís más rotundo. Cuando fijamos nosotros en la reunión de la sección soviética de la «Conferencia democrática», con mayoría de votos, la reunión del Congreso de los Soviets para el 25 de octubre, los mencheviki declararon: «Habéis fijado la fecha del golpe de Estado». Cuando, ante la inmensa mayoría del Soviet de Petrogrado, nos negamos a que salieran los regimientos de la capital, los mencheviki afirmaron: «Ése es el principio de la insurrección armada». Cuando en el Soviet de Petrogrado formamos el Comité Revolucionario de Guerra, los mencheviki hicieron constar: «Ése es el aparato de la insurrección armada». Y cuando en el día fijado, con la ayuda del aparato, previamente «denunciado», la insurrección que había sido predicha tuvo efecto, realmente, el día anunciado, esos mencheviki se pusieron a gritar que «un puñado de conspiradores había hecho un golpe de Estado a espaldas de la clase obrera». En realidad, la única acusación que se podía hacer contra nosotros en este terreno era la de haber preparado en el Comité Revolucionario de Guerra ciertos detalles técnicos «a espaldas de los miembros mencheviki».

Está fuera de duda que una tentativa de complot militar, hecha independientemente del II Congreso de los Soviets y del Comité Revolucionario de Guerra, no hubiera conseguido en aquel momento más que aumentar la confusión en la mayoría de los hechos acontecimientos, y hasta hubiera podido hacer fracasar momentáneamente el movimiento insurreccional. La guarnición, a la que pertenecían regimientos sin formación política, hubiera acogido la toma del Poder de nuestro Partido, por la vía del complot, como un acontecimiento extraño a ella, y como una medida hostil a ciertos regimientos. Por el contrario, estos regimientos hallaron muy natural, fácil de comprender y hasta necesaria, la negativa a abandonar Petrogrado a fin de asumir la protección del Congreso de los Soviets, que estaba destinado a ser el Poder en el país. Los camaradas que calificaban de utopía la fijación de la fecha de la insurrección el 25 de octubre, en el fondo optaban así por el estado de cosas que se nos presentaba, y la potencia de nuestra situación política en Petrogrado frente al Gobierno de Kerensky.

El Comité Revolucionario de Guerra, que existía legalmente, envió comisarios a todas las unidades de la guarnición de Petrogrado, y se hizo así, en el más verdadero sentido, el dueño de la situación. Nosotros teníamos a la vista, en cierto modo, la carta política de la guarnición.

Pudimos en todo momento realizar el agrupamiento de fuerzas necesaria y asegurarnos de todos los puntos estratégicos. Falta suprimir los roces y la resistencia eventual de las unidades más atrasadas por políticamente, sobre todo las unidades de caballería. Realizamos este trabajo en condiciones que no podían ser más favorables. En los mítines organizados en los regimientos nuestra consigna de «no abandonar Petrogrado y asegurar por la fuerza armada la toma del Poder por los Soviets», fue adoptada por todos, con muy raras excepciones. En el regimiento Semenov, el más conservador, Skobelev y Gotz, que llevaban a los soldados la flor de la maravilla bajo la forma de un proyecto de viaje diplomático que Skobelev hubiera hecho a París con el fin de informar a Lloyd George y a Clemenceau, no solamente no provocó ningún entusiasmo, sino que sufrió un completo fracaso. La mayoría de los soldados votó por nuestra resolución,

En el Circo moderno, en la reunión de los ciclistas militares, que estaban considerados como el sostén de Kerensky, nuestra resolución obtuvo la inmensa mayoría de los votos. El general Paradokev pronunció un discurso insinuante para hacer un llamamiento a la conciliación; pero sus evasivas fueron rechazadas.

El golpe de gracia se le dió al enemigo en el corazón mismo de Petrogrado, en la fortaleza Pedro y Pablo. Viendo el estado de espíritu de la guarnición de la fortaleza, que asistió toda ella a nuestro mitin, celebrado en el patio de la misma, el comandante

adjunto del destacamento militar propuso, en la forma más amable, que se esperara «a poner fin a las malas inteligencias».

Nosotros, por nuestra parte, prometimos adoptar las medidas necesarias para acabar definitivamente con ellas. Y, en efecto, dos o tres días después se había acabado con el Gobierno de Kerensky, la más mala inteligencia de la Revolución rusa.

La Historia volvió la página y abrió el capítulo de los Soviets.

L. Trotsky.

El espíritu de Revolución

En Francia se forjó otrora una expresión neológica para caracterizar la psicología del patriota fanático. Del patriota capaz de sacrificar todo a la voluntad de vencer y aplastar violentamente a la nación enemiga. Se decía que estaba animado por «el espíritu de guerra». Igualmente, diremos del socialista, pronto a subordinar y a sacrificar todo a la voluntad de vencer a la clase capitalista y aplastar violentamente el aparato burgués del Estado, «que está animado por el espíritu de revolución».

El espíritu de revolución estaba muerto desde hacia un cuarto de siglo. La Revolución de Octubre (¡) lo ha resucitado y no es su menor mérito.

Los doctrinarios habían truncado y castrado tan eficazmente al marxismo, los parlamentarios habían tan hábilmente exagerado el valor de su acción que las masas populares en su conjunto, deprimidas por la fraseología democrática, aplacadas por la política de la pequeña mejora, gastada por el oportunismo de los jefes, sentían cada vez más repugnancia por «el empleo de la violencia y admitían que de reforma en reforma el pasaje del capitalismo al socialismo, la explotación económica y el derrocamiento político de la burguesía se operarían pacíficamente, progresivamente, por etapas.

Jamás el socialismo vivió un período más sombrío. La revolución bolsheviki brotó como una alta llamada en la noche. Su luz alumbró bruscamente las condiciones que se conservaron sanas. El primer día, y exceptuando algunos políticos, el despertar de la fe revolucionaria pareció general. Poseo al respecto algunos documentos cuya lectura asombraría sin duda a muchos compañeros comunistas. Entre las cartas de parlamentarios, intelectuales y militantes obreros franceses recibidas en esa época me limitaré a citar aquí unas líneas enviadas a mi esposa el 21 de Enero de 1918 por el conocido escritor Pedro Hamp. Comentando notas que yo le había enviado desde Petrogrado exclamaba:

«Como Jacques ha visto enseguida más allá de las pequeñas precauciones y de los grandes miedos; cómo ha entrado en lo eterno de lo que se realiza allá! No se le puede escribir, pero bien parece que la Rusia lleva a cabo una cosa eminente para la humanidad, probablemente la cosa más importante desde el comienzo de esta guerra, y por la que el mundo comienza, en el sufrimiento, una era nueva». La censura después de haber interceptado al mismo tiempo que una palabrera mía, la carta de Hamp, denunció a la autoridad militar con una indignación cómica: «este autor que desmiente de admiración por las lecciones que nos da la Rusia», luego envió las dos cartas apresadas a mi jefe el general Laverge, invitándolo a proceder «contra un oficial sospechoso de connivencia con los bolsheviki».

La carta de Hamp resume exactamente la impresión

(1) Habiendo Rusia adoptado decididamente el calendario gregoriano, no podríamos acostumbrarnos a decir más exactamente: la Revolución de Noviembre?

primera, producida entre los socialistas sinceros, así fueren moderados, por la llegada al poder del gobierno soviético.

La grandeza del acontecimiento y su repentina realización, los levantó ante todo y por así decirlo, a pesar de ellos, por encima de ellos mismos! Pero recayeron muy rápidamente. La deformación oportunista había sido demasiado fuerte. Casi todos esos hombres estaban definitivamente inhabilitados para rectificar su tiro y echarse en una batalla en cuya victoria no podían creer más. Les faltaba clarividencia, audacia y sobre todo confianza, fe, espíritu de revolución. El extremecimiento de entusiasmo pasó. Los aplausos callaron. En fin, estos impotentes se colocaron detrás de todo. Volvieron las espaldas a la revolución.

Raros, muy raros fueron aquellos en quienes quedó el espíritu de revolución. Solas, esparcidas a través del mundo, algunas pobres chispas brillaron todavía tristemente entre las cenizas. Sin embargo, el espíritu de revolución no debía ya morir en Francia.

El proletariado francés carece de jefes. Ha sido traicionado por los social-patriotas, todavía engañado por los socialistas del centro. Pero los jefes surgirán pronto en ese país, que fue siempre rico en hombres de acción. El peligro no estuvo nunca ahí. Lo que había perdido nuestro proletariado y lo que le había faltado por sobre todo era a la vez, la clara visión del irreductible antagonismo de clases y la conciencia de su fuerza. El advenimiento de la dictadura obrera y campesina en Rusia, volvió a dar a nuestros obreros y a nuestros paisanos este doble sentido. Volvieron a encontrar con el placer y la voluntad de la lucha contra la burguesía enemiga, la certidumbre de la victoria.

El proletariado francés, por otra parte, no poseía ya una doctrina revolucionaria coherente. Los elementos no reformistas más ardientes habíanse ahogado casi todos en el anarquismo y el socialismo. El partido comunista ruso desarrollando los conceptos marxistas llegaba a tesis simples, lógicas, irrefutables, que destruían de raíz los prejuicios más arraigados sobre la democracia burguesa y constituían un programa de acción revolucionaria utilizable por el proletariado de todos los países.

Los obreros rusos hacían más. Creaban el instrumento más perfeccionado, el medio más seguro de la emancipación proletaria: los Soviets.

En fin, han realizado, más exactamente, han comenzado y llevado muy adelante la realización práctica del programa comunista. Se sabe que valor de propaganda tuvieron en diversas épocas sobre las masas igualmente más aptas para comprender las ficciones concretas que las críticas abstractas. El Viaje a Icaria, de Cabot. El Sistema Colectivista de Deslineres. La Ciudad Futura, Tarbouriech, y tantas otras construcciones positivas en las cuales los autores se han esforzado con una minuciosidad, por veces pueril, de preveer y de representar la constitución del régimen de mañana.

Se sabe la influencia enorme que tuvo la obra breve, localizada, incompleta y desde tantos puntos de vista incierta realizada por la Comuna de París.

¿Cuánto más profundo es el sacudimiento producido por las realizaciones tenaces y científicamente perseguidas desde hace dos años por el pueblo ruso sobre su gigantesco territorio.

La experiencia hecha sin embargo, desde las primeras horas por la intervención brutal del capitalismo mundial, por la guerra y por el bloque, es ya y para siempre concluyente. La República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia puede sucumbir mañana bajo los golpes de sus enemigos. La demostración está hecha de que el valor positivo de las tesis comunistas iguala su valor crítico. El trabajo formidable de transformación social llevado a cabo en todos los dominios, desde el 7 de Noviembre de 1917 en Rusia, ha sido ciertamente el factor esencial del despertar que advertimos en el espíritu de revolución en el mundo.

El espíritu de revolución es la antorcha que debe encender y mantener el incendio. A medida que en los países interesados los materiales indispensables se acumulan, que el conflicto de las fuerzas económicas y sociales se desarrolle la combustión comenzará.

En lo que concierne a los proletarios de Francia, firmemente no temo más, que dejen pasar la hora. Las manifestaciones realmente revolucionarias del 14 de Abril y del 1.º de Mayo muestran que el espíritu de revolución agita más fuertemente cada día a nuestra clase obrera. ¿Y cómo no entusiasmaría más apasionadamente que ningún otro ese pueblo que posee la más admirable tradición revolucionaria?

1831-1848-1871. Tres fechas francesas. Las tres grandes fechas proletarias antes de las grandes fechas rusas 1905 y 1917. — 1831. La huelga de los obreros lianeses, el primer movimiento insurreccional a base proletaria.

1848. Junio. El primer ensayo de revolución social a base económica.

1871. La primera amenaza a la dictadura burguesa y

la primera conquista del poder público por el proletariado.

No queda ya al proletariado francés más que inscribir en su historia una cuarta fecha. Habrá así llenado la misión que en 1796 le asignaron los primeros comunistas revolucionarios, Babeuf y sus amigos, cuando en una visión profética, cincuenta años antes que Marx, 100 años antes que Lenin, reclamaban la comunidad de los bienes, denunciaban el antagonismo de las clases, declaraban la guerra a la «República de los Ricos», decretaban la obligación del trabajo para todos y negaban «Los derechos políticos a los individuos que no servían a la patria con un trabajo útil».

Y cómo resistir a la tentación de poner bajo los ojos de nuestros compañeros, en vísperas del segundo aniversario de la revolución de Noviembre, unas líneas famosas y demasiado olvidadas del Manifiesto de los Iguales, que cuenta ya con 123 años: «La Revolución Francesa no es más que la antecámara de otra revolución, la más grande, la más solemne y que será la última.

«El pueblo ha marchado sobre el cuerpo de los reyes y de los curas coaligados contra él... «Tendemos a algo más sublime y más igual: el bien común o la comunidad de los bienes»...

«Basta de propiedad individual de las tierras. La tierra no es de nadie... Queremos el disfrute común de los frutos de la tierra; los frutos son de todo el mundo».

«Declaramos no poder sufrir más que la gran mayoría de los hombres trabajo y esté al servicio del placer de la extrema minoría»...

«El momento ha llegado de fundar a la República de los Iguales».

¿No percibís ya el embrión del bolshevismo bajo este manto anticuado de retórica?

Jacques Sadoul.

El II.º Congreso de la Internacional Comunista

Tesis presentadas por el Comité Ejecutivo

B.—Los partidos comunistas y la cuestión parlamentaria

1. En muchos países de la Europa Occidental y de América la cuestión de la lucha parlamentaria se presenta como uno de los asuntos más ardientes de la táctica comunista. El cisma en el Partido Comunista alemán; la formación de una fracción antiparlamentaria en el Partido italiano, la posición del grupo comunista belga, las divergencias en las filas de los comunistas ingleses y por último la actitud de los centros sindicalistas revolucionarios y de los I. W. W. exige directivas fijas y precisas por parte de las Internacionales Comunistas.

I

2. El parlamentarismo, como sistema de Estado, es la forma «democrática» de la dominación burguesa, que en cierto grado de su desarrollo necesita de una ficción de representación popular, la cual exteriormente constituiría algo así como la organización de la voluntad popular independiente de las clases; pero que, en realidad, constituye una máquina de opresión y de servidumbre en manos del capital dominador.

3. El parlamentarismo es una forma determinada de régimen de Estado. En consecuencia éste no puede ser en ninguna medida, la forma de la sociedad comunista,

que no reconozca ni clases, ni lucha de clases, ni tampoco poder gubernativo, cualquiera sea él.

4. El parlamentarismo no puede ser tampoco la forma del poder «proletario» en el período transitorio de la dictadura de la burguesía a la dictadura del proletariado. En el momento en que la lucha de clases exacerbada se transforma en guerra civil, el proletariado debe construir inevitablemente su organización estatal, como una organización «de batalla» en la cual no son admitidas las viejas clases dirigentes. Toda ficción de la «voluntad de todo el pueblo» es en este momento francamente perjudicial al proletariado. La división de los poderes parlamentarios es francamente nociva al proletariado. La forma de la dictadura proletaria es la República de los Soviets.

5. Los parlamentos burgueses, que constituyen un aparato importante de la máquina estatal burguesa, no podrán ser conquistados por el proletariado, así como no puede ser conquistado, en general, el Estado burgués por el proletariado. La tarea del proletariado consiste en hacer saltar la máquina estatal burguesa, demolerla con sus instituciones parlamentarias, sean éstas republicanas o monárquico-constitucionales.

6. Análogamente el mismo principio se aplica a las instituciones comunales de la burguesía, instituciones que teóricamente son injustamente opuestas a los órganos de Estado. En realidad, son igualmente aparatos del mecanismo estatal burgués que deben ser suprimidos por el proletariado revolucionario y reemplazado

por los soviets locales de los diputados obreros.

7. En consecuencia, el comunismo niega el parlamentarismo como una forma del porvenir, lo niega como forma de la dictadura del proletariado, niega la posibilidad de conquistar los parlamentos; tiene por fin destruir el parlamentarismo. Por consiguiente sólo es posible hablar de la utilización de las instituciones estatales burguesas con el fin de destruirlas. Únicamente así se debe y se puede plantear la cuestión.

II

8. Toda lucha de clases es una lucha política porque en última instancia es la lucha por el poder.

Cualquier huelga que se difunda por todo el país, comienza por amenazar al Estado burgués y, por ende, adquiere un carácter político. Intentar derribar a la burguesía y «destruir» con cualquier medio su estado, significa dirigir la lucha política. Crear un aparato «de clase» para la dirección y el aplastamiento de la burguesía que resiste, cualquiera sea este aparato, significa conquistar el poder político.

9. En consecuencia, la cuestión de la lucha política no se reduce a la cuestión de la actitud con respecto al parlamentarismo. Es una cuestión general de la lucha de clases del proletariado, hasta tanto esta lucha cese de ser insignificante y parcial para transformarse en la lucha por el derrocamiento del sistema capitalista.

10. El método fundamental de la lucha proletaria contra la burguesía, o sea contra su poder estatal, es, ante todo, el método de los movimientos en masa. Estos movimientos deben ser organizados y dirigidos por el Partido comunista unido, disciplinado y centralizado. La guerra civil es una guerra. En esta guerra el proletariado debe poseer un buen cuerpo político de oficiales y un buen Estado Mayor político, que dirija todas las operaciones sobre todos los frentes de la lucha.

11. La lucha en masa es todo un sistema de asaltos, que se desarrollan, se agudizan en su forma y lleva lógicamente a la insurrección contra el Estado capitalista. En esta lucha de masas que se desarrolla en la guerra civil, el partido dirigente del proletariado debe, según en regla común, fortificar para sí todas las posiciones legales, haciendo de éstas otros tantos puntos de apoyo en el trabajo revolucionario y subordinar esas posiciones a su plan general de campaña.

12. Uno de estos puntos de apoyo es la tribuna del parlamento burgués. Contra la participación en la lucha parlamentaria no se puede objetar que el parlamento es una institución burguesa. El Partido comunista debe penetrar en él, no para llevar a cabo un trabajo orgánico, sino para destruir la máquina estatal burguesa y el parlamento mismo desde su propio seno. Tales objetivos ha tenido por ejemplo la actividad de Liebknecht en Alemania, la de los bolsheviks en la Duma zarista, en la «Conferencia Democrática», en el parlamento de Kerensky y, por último, en el Constituyente y, también, en las comunas.

13. Esta actividad en los parlamentos, que consiste especialmente en hacer desde lo alto de la tribuna parlamentaria propaganda revolucionaria, desenmascarar al adversario, etc., debe estar completamente subordinada a los fines y a los problemas de las masas extra parlamentarias.

14. Para esto son indispensables las siguientes condiciones: 1) Ausencia de toda «autonomía» para la fracción comunista parlamentaria y su sometimiento incondicional al Comité Central del Partido; 2) Un contralor permanente y directivo por parte del Comité Ejecutivo; 3) La adaptación de los movimientos parlamentarios a los movimientos extra parlamentarios; 4) Una posición revolucionaria en el parlamento, es decir, la ausencia del temor «por principio» a transgredir las disposiciones del reglamento parlamentario; 5) Los miembros comunistas del parlamento deben efectuar parte de su trabajo fuera del parlamento en correlación, especialmente con los movimientos de las masas; 6) Participar permanentemente en el trabajo legal, utilizando la inmunidad parlamentaria, mientras ésta exista, con ese fin; 7) Llamar inmediatamente al orden o

«excluir del Partido a todo miembro de la fracción parlamentaria, que no cumpla en su trabajo parlamentario con las directivas del partido».

15. La campaña electoral misma debe efectuarse no en el sentido de la caza del mayor número de actas parlamentarias, sino con el espíritu de la movilización revolucionaria de las masas en torno a las palabras de orden de la revolución proletaria. En la lucha electoral deberán tomar parte todos los miembros del Partido y no solamente la cabeza del Partido. Es necesario utilizar, manteniéndose en estrecho contacto con ellos, todos los movimientos de las masas (huelgas, manifestaciones, movimientos de soldados y marineros, etc.) que se efectúen en un momento determinado. En fin, es necesario vincular en el trabajo activo a todas las organizaciones de las masas proletarias. 16. Mientras estas condiciones se cumplan, el trabajo parlamentario se presenta como diametralmente opuesto a la lucha política que practican los partidos social-demócratas de todos los países, los cuales entran en los parlamentos, para sostener a esta institución «democrática» o, en el mejor de los casos, para «conquistarla». El Partido comunista sólo puede defender la utilización revolucionaria del parlamento, a la manera de Carlos Liebknecht, Hoglund y de los bolsheviks.

III

17. El «antiparlamentarismo» por principio, en el sentido de una negación absoluta y categórica de la participación en las elecciones y del trabajo revolucionario en el parlamento es, pues, una doctrina pueril e ingenua, que no resiste a la crítica, y que a veces tiene por fundamento una repulsión sana por los parlamentos politiqueros; pero que al mismo tiempo no advierte la posibilidad de un parlamentarismo revolucionario. Por otra parte, con frecuencia esta doctrina es unida a un falso concepto de los deberes del Partido, el cual en tal caso, no es considerado como la batalladora vanguarda centralizada de los obreros, sino como un sistema de células revolucionarias descentralizadas que se encuentran mal ligadas unas con otras.

18. Por otra parte, del reconocimiento del ejercicio del trabajo parlamentario no se debe llegar a la consecuencia absoluta de la necesidad de las elecciones y de participación en las elecciones parlamentarias. Todo esto depende de una serie de condiciones específicas. En ciertas contingencias puede ser indispensable abandonar el Parlamento, como hicieron los bolsheviks cuando abandonaron el pre-parlamento para hacerlo fracasar, delimitarlo de primer intento y oponerle netamente el Soviet de Petrogrado, que estaba en vísperas de asumir la dirección de la insurrección; así obraron también en la Constituyente, el día de su disolución, trasladando todo al II Congreso de los Soviets.

En otras circunstancias puede ser necesario el boycott a las elecciones y el directo y violento asalto contra la camarilla parlamentaria burguesa o la participación en las elecciones, boicotando el parlamento mismo, etc.

19. Así, reconociendo como regla general la necesidad de la participación en las elecciones, tanto en los parlamentos como en los órganos comunales, así como en el trabajo en estas instituciones, el Partido comunista debe resolver la cuestión concretamente, teniendo bien en cuenta las circunstancias del momento. El boycott a las elecciones y el abandono del parlamento son en general admisibles cuando existe la posibilidad de pasar a la lucha armada por el poder.

20. Por otra parte es necesario tener siempre en cuenta la relativa poca importancia de esta cuestión. Si el centro de gravedad se encuentra en la lucha extra parlamentaria por el poder en el Estado, es evidente que la cuestión de la dictadura proletaria y de la lucha en masas por esta última, domina netamente la cuestión particular concerniente a la explotación del parlamentarismo.

21. Por consiguiente, la Internacional comunista considerará, de la manera más categórica como un crimen contra el movimiento obrero todo cisma o tentativa

de cima en el interior de los partidos comunistas que se encuentran sobre esta línea. El congreso llama a todos los elementos que se encuentran sobre el terreno de la lucha en masas por la dictadura proletaria, bajo la dirección del Partido centralizado del proletariado revolucionario, a que ejerzan su influencia en todas las organizaciones de masas de la clase obrera, para perseguir la plena unidad de los elementos comunistas a pesar de las divergencias que puedan existir con respecto a la cuestión del parlamentarismo.

CONDICIONES DE ADMISION DE LOS PARTIDOS EN LA INTERNACIONAL COMUNISTA

El primer Congreso constituyente de la Internacional Comunista no elaboró las condiciones precisas para la admisión de los partidos en la Tercera Internacional. En el momento en que tuvo lugar su primer Congreso no había, en la mayor parte de los países, más que tendencias y grupos comunistas.

El segundo Congreso de la Internacional Comunista se reúne en condiciones muy distintas. En la mayoría de los países hay ya, en lugar de tendencias y de grupos, partidos y organizaciones comunistas.

Partidos y grupos que muy recientemente pertenecían a la Segunda Internacional, y que ahora quieren pertenecer a la Internacional Comunista, se dirigen a ella, cada día en mayor número, sin ser por ello verdaderamente comunistas.

La Segunda Internacional está irremediablemente destruida. Los partidos intermedios y los grupos del «centro», viendo su situación desesperada, se esfuerzan en apoyarse en la Internacional Comunista, cada día más fuerte, esperando conservar, no obstante, una «autonomía» que les permita continuar su antigua política oportunista o «centrista». La Internacional Comunista está, en cierto modo, a la moda.

El deseo de ciertos grupos directores del «centro» de adherirse a la Tercera Internacional, nos confirma indirectamente que la Internacional Comunista ha conquistado las simpatías de la gran mayoría de los trabajadores conscientes del mundo entero y constituye una fuerza que crece día en día.

En ciertas condiciones la Internacional Comunista podría verse amenazada por la invasión de grupos indecisos y medios que no han podido romper todavía con la ideología de la Segunda Internacional.

Además, ciertos partidos importantes (italiano, sueco, noruego, yugo-eslavo, etc.) cuya mayoría adopta el punto de vista comunista, conservan en su seno numerosos elementos reformistas y social-pacifistas que sólo esperan la ocasión para volver a levantar cabeza, sabotear activamente la revolución proletaria ayudando así a la burguesía y a la Segunda Internacional.

Ningún comunista debe olvidar las lecciones de la República de los Soviets húngara. La unión de los comunistas húngaros con los reformistas ha costado cara al proletariado húngaro.

Por estas razones, el segundo Congreso de la Internacional Comunista cree deber fijar, de manera bien precisa, las condiciones de admisión de los nuevos partidos, e indicar, con ocasión de ello, a los partidos afiliados, las obligaciones que les incumben.

El segundo Congreso de la Internacional Comunista decide que las condiciones de admisión en la Internacional son las siguientes.

1. La propaganda y la agitación diarias deben tener un carácter efectivamente comunista. Todos los órganos de la Prensa del partido deben ser redactados por comunistas seguros que hayan dado pruebas y demostrado su devoción a la causa de la revolución proletaria como de una fórmula sabida y corriente; la propaganda debe ser hecha de manera que resulte la necesidad de aquella para todo trabajador, para todo obrero, para todo soldado, para todo campesino, de los mismos hechos de la vida cotidiana, sistemáticamente notados por nuestra Prensa. La prensa periódica y todas las editoriales del Partido deben subordinarse completamente a la Directiva del Partido, sin tener en cuenta si el Partido en su totalidad es legal o no en

un momento determinado. No se puede admitir que las editoriales abusen de su autonomía y sigan una política que no corresponde completamente a la del Partido. En las columnas de la Prensa, en las reuniones públicas, en los Sindicatos, en las Cooperativas, en todas partes donde tengan entrada los partidarios de la Tercera Internacional, tendrán que desenmascarar sistemática e implacablemente, no sólo a la burguesía, sino también a sus cómplices reformistas de todos los matices.

2. Toda organización desea de adherirse a la Internacional Comunista debe regular y sistemáticamente, apartar de los puestos que impliquen la más pequeña responsabilidad en el movimiento obrero (organizaciones de partido, redacciones, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades) a los reformistas y a los centristas probados — sin tener a tener que sustituir, sobre todo al principio, oportunistas experimentados por trabajadores salidos de las filas.

3. En todos los países donde, a consecuencia del estado de guerra o de leves de excepción, los comunistas no tengan la posibilidad de desarrollarse legalmente toda su acción, la coordinación de la acción legal y de la acción ilegal es indudablemente necesaria. En casi todos los países de Europa y de América la lucha de clases entra en el período de guerra civil. Los comunistas no pueden, en tales condiciones, fiarse de la legalidad burguesa. Tienen el deber de crear en todas partes, paralelamente a la organización legal, un organismo clandestino capaz de cumplir en el momento decisivo su deber con la revolución.

4. Se impone una propaganda, una agitación sistemática y perseverante entre las tropas. Deben ser formados núcleos comunistas en todas las unidades. La mayor parte de ese trabajo ha de ser legal; pero rechazarla sería una traición al deber revolucionario y, por consecuencia, incompatible con la filiación en la Tercera Internacional.

5. Es necesaria una agitación nacional y sistemática en los campos. La clase obrera no puede vencer si no es sostenida cuando menos por una parte de los trabajadores de los campos (jornaleros agrícolas y campesinos más pobres) y si no ha neutralizado con su política cuando menos una parte del campo atrasado. La acción comunista en los campos adquiere en este momento una importancia capital. Debe ser obra, principalmente, de los obreros comunistas en contacto con el campo. Negarse a realizarla o confiarla a semireformistas dudosos es renunciar a la revolución proletaria.

6. Todo partido que desee pertenecer a la Tercera Internacional tiene el deber de desenmascarar, tanto como al social-pacifismo declarado, al social-pacifismo hipócrita y falso; se trata de demostrar sistemáticamente a los trabajadores que, sin el cambio sistemático revolucionario, del capitalismo, ningún Tribunal arbitral internacional, ningún debate sobre la reducción de los armamentos, ninguna organización «democrática» de la Liga de las Naciones, pueden impedir a la Humanidad nuevas guerras imperialistas.

7. Los partidos que deseen ingresar en la Internacional Comunista tienen el deber de reconocer la necesidad de una ruptura completa y definitiva con los reformistas y la política del «centro» y de preconizar esa ruptura entre los miembros de las organizaciones. La acción comunista consecuente sólo es posible a ese precio.

La Internacional Comunista exige imperativamente y sin dilación esa ruptura, que debe ser realizada en el más breve plazo. La Internacional Comunista no puede admitir que los reformistas convencidos, como Turati, Kautsky, Hilferding, Hillquit, Longuet, Mac Donald, Modigliani y otros, tengan derecho a considerarse como miembros de la Tercera Internacional. Semejante estado de cosas haría que se pareciera demasiado la Tercera Internacional a la Segunda.

8. En la cuestión de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, los partidos de los países cuya burguesía posee colonias u oprime naciones, deben tener una línea de conducta particularmente clara y diáfana. Todo partido que pertenezca a la Tercera Internacional

tiene el deber de descubrir implacablemente las hazañas de «sus» imperialistas en las colonias; de sostener no con palabras, sino de hecho, todo movimiento de emancipación en las colonias; de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli; de alimentar en el corazón de los trabajadores del país sentimientos verdaderamente fraternales hacia la población trabajadora de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, y efectuar entre las tropas de la metrópoli una continua agitación contra toda opresión de los pueblos coloniales.

9. Todo partido que desee pertenecer a la Internacional Comunista debe realizar una propaganda perseverante y sistemática en el seno de los Sindicatos, Cooperativas y demás organizaciones de las masas obreras. Deben ser formados núcleos comunistas cuyo trabajo tenaz y constante conquiste los Sindicatos para el comunismo. Su deber ha de ser el de revelar en todo momento la traición de los social-patriotas y las vacilaciones del «centro». Esos núcleos comunistas han de estar completamente subordinados al conjunto del partido.

10. Todo partido que pertenezca a la Internacional Comunista tiene el deber de combatir con energía y tenacidad a la Internacional amarilla de los Sindicatos fundada en Amsterdam. Debe, por el contrario, contribuir con todo su poder a la unión internacional de los Sindicatos rojos adheridos a la Internacional Comunista.

11. Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional Comunista tienen el deber de revisar la composición de sus fracciones parlamentarias; de apartar de ellas a los elementos dudosos; de someterlas, no de palabra, sino de hecho, al Comité Central del Partido; de exigir de todo diputado comunista la subordinación de toda su actividad a los intereses verdaderos de la propaganda revolucionaria y de la agitación.

12. Los partidos pertenecientes a la Internacional Comunista deben ser edificados sobre el principio de la Centralización democrática. En la época actual, de encarnizada guerra civil, el Partido Comunista no puede cumplir su misión si no está organizado de la manera más centralizada, si no es admitida en él una disciplina de hierro, rayana en la disciplina militar, y si su organismo central no está provisto de amplios poderes, no ejerce una autoridad indiscutible, ni goza de la confianza unánime de los militantes.

13. Los partidos comunistas de países en que los comunistas militan legalmente, deben proceder a depuraciones periódicas de sus organizaciones, con el fin de separar los elementos pequeños burgueses.

14. Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional Comunista deben sostener, sin reservas, todas las repúblicas soviéticas en sus luchas con la contra-revolución. Deben preconizar incansablemente la negativa de los trabajadores a transportar las municiones y los aprovisionamientos destinados a los enemigos de las repúblicas soviéticas y a realizar, legal o ilegalmente, la propaganda entre las tropas enviadas contra las repúblicas soviéticas.

15. Los partidos que conserven hasta ahora sus antiguos programas social-demócratas tienen el deber de revisarlos sin tardanza y de elaborar un nuevo programa comunista adoptado a las condiciones especiales de su país y concebido en el espíritu de la Internac-

ional Comunista. Es necesario que los programas de los partidos afiliados a la Internacional Comunista sean aprobados por el Congreso Internacional o por el Comité ejecutivo. En el caso en que este último negare su sanción a un partido, el partido tendrá derecho a apelar al Congreso Internacional Comunista.

16. Todas las decisiones de los Congresos de la Internacional Comunista, lo mismo que las del Comité ejecutivo, son obligatorias para todos los partidos afiliados a la Internacional Comunista. Obrando en período de encarnizada guerra civil, la Internacional Comunista debe estar mucho más centralizada que lo estaba la Segunda Internacional. La Internacional Comunista y su Comité ejecutivo deben tener en cuenta las condiciones de lucha tan variadas en los distintos países y no adoptar resoluciones generales y obligatorias más que en las cuestiones en que son posibles.

17. Conforme con todo cuanto precede, todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista deben modificar su denominación. Todo partido que desee adherirse a la Internacional Comunista debe titularse: Partido Comunista de... (Sección de la Internacional Comunista). Esta cuestión de denominación no es una simple formalidad; tiene también una importancia política considerable. La Internacional Comunista ha declarado una guerra sin cuartel a todo el viejo mundo burgués y a todos los partidos social-demócratas amarillos. Importa mucho que la diferencia entre los partidos comunistas y los viejos partidos «social-demócratas» o «socialistas» oficiales que han rendido la bandera de la clase obrera, sea más clara a los ojos de todo trabajador.

18. Todos los principales órganos de la prensa del Partido tienen la obligación de publicar los documentos oficiales de importancia del Comité ejecutivo de la Internacional Comunista.

19. Todos los partidos que pertenecen a la Internacional Comunista o han solicitado su ingreso tienen la obligación de convocar un Congreso extraordinario lo más pronto posible; pero al más tardar dentro de cuatro meses después del segundo Congreso de la Internacional Comunista, para examinar todas estas condiciones, teniendo que procurar todos los Centros que todas las organizaciones locales se enteren de todas las resoluciones del segundo Congreso de la Internacional Comunista.

20. Aquellos partidos que ahora quieran ingresar en la Tercera Internacional, pero que no hayan cambiado radicalmente la táctica seguida hasta ahora, tienen que procurar, antes de ingresar, que, por lo menos dos terceras partes de su Comité Central y de todas las Instituciones centrales de importancia, estén comprometidas por los compañeros que ya antes del segundo Congreso de la Tercera Internacional se han declarado públicamente en favor del ingreso incondicional en la Tercera Internacional. Se permitirán excepciones de esta condición con el consentimiento del Comité ejecutivo de la Tercera Internacional. El Comité ejecutivo de la Internacional Comunista tiene derecho a hacer excepciones también en favor de los representantes centristas afiliados en el párrafo séptimo.

21. Los afiliados que rechacen las condiciones y principios de la Internacional Comunista deben ser expulsados del Partido. Lo mismo rige para los delegados al Congreso extraordinario.

Del movimiento gremial en Rusia

Historia

En los lejanos tiempos oscuros del zarismo no existieron entre nosotros gremios o sindicatos que pudiesen ser confrontados con sus similares europeos. El poder zarista se opuso a la unión de los obreros. Sin embar-

go, la falta de organizaciones gremiales no significaba la no existencia de luchas en el seno de nuestras fábricas, usinas o talleres, que en estos sitios reinara la paz y la concordia. La lucha económica, las huelgas, las revueltas obreras en contra de la esclavitud y de la opresión, los locauts y el empleo de la fuerza armada

en contra de los trabajadores, etc., están incorporadas desde mucho atrás a nuestra historia; todo esto aconteció durante los tiempos de la esclavitud de los campesinos. Sólo desde la primera revolución de 1905, el gobierno concedió a los gremios cierta posibilidad de existencia. Pero, cuando el gremialismo se extendió y conquistó fuerzas positivas y cuando el movimiento revolucionario penetró en todos los rincones del viejo imperio, el gobierno apeló a las medidas más crueles para suprimirlo, y disolvió, al mismo tiempo, a todos los gremios.

La dirección de la lucha económica estaba entonces en manos de organizaciones ilegales. Las huelgas económicas como también las políticas no cesaron, ni siquiera durante la guerra. Una de éstas, la huelga económica del 18 febrero (3 de marzo de 1917, en las mismas señaló el preludio de la revolución de marzo).

Situación actual

La revolución de marzo abrió el camino de la organización independiente de la masa proletaria.

Al mismo tiempo, con las organizaciones políticas — los consejos obreros y, más tarde, los consejos militares, organizaciones paramilitares de los obreros, y se crearon las organizaciones gremiales de los obreros. Y, en esta ocasión, ha de mencionarse el hecho sumamente interesante que los obreros de una industria tan importante como la metalúrgica, fueron de los últimos en organizarse. El motivo de este hecho lo encontramos en la circunstancia que los obreros más avanzados de las grandes industrias fueron revolucionarios activos y dedicaron toda su energía y todas sus fuerzas, ante todo, a la solución de los problemas generales. Lucharon, así en las calles, arma en mano, o formaron sus organizaciones políticas o de consejos.

Quiénes, en cambio, se organizaron primeramente en gremios, fueron los obreros de las industrias pequeñas y los obreros de oficios, ahora legales — la Jornada de 8 horas fué introducida como una medida revolucionaria. En las fábricas, talleres y otros establecimientos se constituyeron, desde el primer día, comisiones obreras.

ESTRUCTURA DE LA ORGANIZACION

Los gremios debían formarse en un período agitado de las luchas económicas y políticas.

El problema de la forma cómo organizar a los gremios en interés de una lucha de clases prometedor de éxitos, lo hemos solucionado utilizando nuestras experiencias anteriores como, también, la experiencia total del movimiento sindicalista internacional. Y aceptamos así la última palabra (el último modelo)! Unión de los obreros según su pertenencia a establecimientos, sin considerar su oficio o empleo (uniones industriales). Naturalmente existieron deseos de grupos aislados en favor de la organización en gremios profesionales y se intentó la formación de semejantes gremios. Sin embargo, el instinto y la disciplina de clase vencieron. El principio de las organizaciones industriales triunfó.

Los días de lucha que vivimos entonces, demandaron nuestro esfuerzo supremo, toda nuestra constancia y fuerza. Todo esto sólo podía realizarse siguiendo el camino de la centralización de todas las fuerzas organizadas del proletariado. Debíamos rehusar el principio federativo de las relaciones mutuas y aceptar el principio de una liga pan-rusa centralizada y unitaria para cada ramo de industria. Gracias a este principio nos fué posible llevar en pocos meses a la gran masa de los obreros a nuestra organización.

Justamente, en las primeras semanas de su existencia, los sindicatos se encontraron frente al problema, difícil y complicado, de la regularización de los salarios. No se trataba sólo del aumento general, sino de la creación de un sistema fijo para la determinación del salario, abolviendo así la división arbitraria de los obreros, por parte de los industriales en varias clases de obreros. Por este motivo se originó en Rusia todo un

movimiento, rico en literatura y en estadísticas, acerca de los salarios obreros. Y este movimiento demandó en los gremios más de la mitad del tiempo que va de la revolución de marzo a la de noviembre.

En las primeras semanas de su existencia, todos los gremios se vieron abocados a numerosos pedidos de las asambleas generales de los establecimientos. La demanda fundamental fué, siempre, la abolición del sistema injusto de la determinación arbitraria del salario por el patrón y el aumento. Las organizaciones de las grandes industrias (textil, metalúrgica, química) y de las imprentas, etc., habían sido sobre cargadas con tantos pedidos que era, físicamente imposible tratarlos a todos. Así, por ejemplo, sólo la organización de los obreros metalúrgicos de Petrogrado debía resolver más de 200 pedidos; otras organizaciones las contestaron igualmente por docenas.

Esta circunstancia obligó a los dirigentes a buscar medidas generales para regularizar los salarios y las condiciones generales del trabajo.

El movimiento de huelgas que se inició, fué ordenado dentro de la organización. Todos los movimientos de huelgas no autorizadas fueron combatidos energicamente por las respectivas organizaciones. Fué aceptada por todas las organizaciones una medida común respecto a la fijación de tarifas dentro de las diversas industrias de una localidad determinada, y ésta medida tenía fuerza obligatoria de modelo para los salarios de todos los obreros, desde el limpiador de calles y del sereno hasta el profesional más calificado. Por primera vez en la historia mundial del gremialismo se nos ofreció, en el verano de 1917, la tarea de luchar por la aceptación de una tarifa que no fué elaborada según las industrias o según las profesiones, sino que determinaba los salarios obreros de todas las industrias.

Gracias a esta táctica, la cuestión proletaria quedó en manos de las organizaciones obreras. El resultado fué un acontecimiento jamás visto: todos los obreros de fábricas entraron en la organización y resolvieron obligar a los obreros a formar parte de sus gremios. El gremio de los obreros metalúrgicos contó al principio de la lucha por la tarifa con 70,000 obreros y al fin de la misma con 220,000, esto es, el total de los obreros de esta industria. Consiguieron un éxito semejante otros sindicatos. Los mismos obreros vigilaron severamente el deber de cada uno a ser afiliado a un gremio. Consiguieron que los no organizados no encontraran trabajo y lo ignoraron, así, que todo obrero se viera en la necesidad de organizarse.

A consecuencia de la crisis económica que se inició y, asimismo, del gasto irrazonable de las existencias de guerra y de la especulación en materias primas y mercaderías, la idea del control de los establecimientos tanto industriales como comerciales cosechó grandes aplausos entre las comisiones obreras. En favor del «control obrero» se declaró, igualmente, la gran masa proletaria y, luego, inició un movimiento intelectual en este sentido. El gobierno vió, naturalmente, con malos ojos semejante «control obrero», pero fué obligado a abrir las puertas de sus establecimientos a los delegados de los gremios y de otras organizaciones sociales y a dejar a cargo de estos delegados el control de la industria militarizada. Pero esto no podía satisfacer del todo a la clase obrera y la demanda de un control aumentado se repitió, cada vez más, hasta la revolución de noviembre.

El gobierno provisorio, compuesto de una coalición de socialistas oportunistas y monárquistas liberales, decretó el registro de las organizaciones gremiales. Pero, como todas éstas fueron hostiles al gobierno, ignoraron el decreto y crearon sus sindicatos sin esperar el permiso de las autoridades. En la lucha entre el capital y el trabajo, el gobierno provisorio con sus ministros «socialistas» tomó a su cargo el papel de un intermediario, pero asimismo fué indeciso y vacilante, como no tenía apoyo en ninguna parte temió de ocuparse en lo fundamental y esforzarse de conciliar a los litigantes por un «acuerdo». Tal resultado fué que los obreros no pudieron hacer valer sus demandas mi-

nimas en una época en que todo el derecho estaba del lado del proletariado. El movimiento de huelgas se extendió y, en esa forma, a todo el país.

ORGANIZACIONES GREMIALES Y PARTIDOS POLITICOS

Con respecto al principio de las relaciones de la política en general y al socialismo en particular, nuestras organizaciones negaron la llamada «neutralidad» de los gremios; se consideraron a sí mismos y al movimiento gremial únicamente como una parte de todo el movimiento proletario ruso e internacional. Todas las cuestiones que se relacionaron con el partido político del proletariado encontraron un eco vivo y el apoyo de todas las organizaciones gremiales.

La fisonomía política de nuestras organizaciones se transformó en el primer período de la revolución rusa y de la modificación del sentimiento, del pensamiento y de la acción de las masas obreras. Cuando las organizaciones en Petrogrado fueron enteramente «bolsheviks», esto es, cuando compartieron el programa del partido social-demócrata ruso (bolshevik), el consejo central de los gremios pan-rusos, elegido en la conferencia de junio de 1917, se dividió en dos partes iguales, entre los partidos mensheviks y bolsheviks. El primer día, se realizó después de la revolución de octubre, ya dió 8/10 de votos para los bolsheviks. La liberación del proletariado de toda explotación, fué estimada como una tarea de nuestras organizaciones, y la prensa burguesa de entonces nos llamó «la segunda línea de las trincheras bolsheviks». Durante el movimiento de julio, algunas de nuestras organizaciones fueron saqueadas y destruidas por los oficiales del gobierno.

El gobierno coalicionista, dada su naturaleza, estaba imposibilitado de llevar a la práctica una sola medida revolucionaria. La tierra quedó en poder de los latifundistas que empezaron sus especulaciones. Las organizaciones agrícolas se empoderaron de las propiedades, después de haber expulsado a los dueños. Los industriales, negociantes y banqueros especularon igualmente y sin escrúpulos de ninguna clase, con los pedidos militares y con los artículos de primera necesidad de las masas. El gobierno no tomó ninguna medida en contra de estos bandidos capitalistas. Los capitalistas y burócratas contrarrevolucionarios empezaron a soñar con la opresión de la revolución de los obreros y campesinos. Los fabricantes e industriales de Moscú amenazaron, en su congreso, a los obreros con el hambre. Y de la palabra pasaron luego a los hechos, iniciando la clausura de sus fábricas y usinas.

La cuestión de la guerra fué resuelta por el gobierno en contra de la voluntad del pueblo, a pesar de que los soldados habían expresado muy claramente, su deseo de una paz inmediata. La «divisa» de la revolución de marzo: Paz, pan, tierra y libertad, fué substituida por el gobierno por su consigna de la victoria imperialista de la ofensiva, cuya nocividad e imposibilidad eran conocidos por todo ciudadano de juicio sano. Día a día, el gobierno se distanció más de los obreros, campesinos y soldados revolucionarios. Se esforzó, en cambio, en encontrar apoyo en las otras clases de la población, en la burguesía. Y no quedó satisfecho con esto a tomar diversas medidas francamente contrarrevolucionarias. El ministro «socialista» Skobelev luchó en contra de los comités obreros e intentó debilitarlos, retirándoles los derechos conquistados.

Otro ministro, Awksentiev, igualmente «socialista», llevó a cabo una expedición «punitiva» en contra de los campesinos «desobedientes» que no querían esperar los decretos de la asamblea legislativa. El ministro menshevik Zeretelli se vanaglorió de haber sido el primero en inaugurar la lucha en contra de los cuarteles obreros, realizando allanamientos de las casas donde habitaban trabajadores y confiscándoles las armas conquistadas en la revolución de marzo. La reacción no duró, entonces, tampoco, se organizó, preparó ataques directos contra la revolución contra los obreros, campesinos y soldados. La contrarrevolución encontró

sus adherentes entre la oficialidad y la juventud de las escuelas superiores de guerra.

Las organizaciones obreras vieron y comprendieron a dónde iba la política revolucionaria del gobierno coalicionista. Todos los dirigentes del gremialismo que no habían quedado ciegos por fanatismo político o por el juego político de sus traiciones, reconocieron que sólo el poder revolucionario de los obreros, soldados y campesinos en su forma política principal: los consejos, podrá salvar las conquistas de la revolución y llevarla adelante.

Y así fué que mucho antes del golpe de noviembre, la situación coló a los obreros frente a la alternativa, de apoderarse del poder. En esta cuestión, los gremios no se mantuvieron neutrales; hijos de la revolución, todas las tareas y todo el fin de la revolución proletaria les pareció como algo propio, y todas las dificultades que debía originar el hecho de que los obreros se apoderasen del poder, no lograron retener a este proletariado de la misión que la historia le encargó: de andar por el camino áspero de la revolución social, el único que podía y debía conducirlo a su completa liberación.

LA CONTRARREVOLUCION

Ya es conocido desde los tiempos antiguos, que los representantes de la contrarrevolución no son héroes de la frase, sino hombres de acción. Y como, el gobierno coalicionista con sus ministros socialistas Zeretelli, Skobelev, Nikitin, Awksentiev, Kerenski y otros más, ya había llevado bastante desorden y perturbación a las filas de la llamada «democracia revolucionaria», apareció el general para dar a la revolución el golpe de gracia. Hacia el Petrogrado revolucionario marcharon tropas, extraordinariamente alistadas para este fin y constando de alguna parte de la división caucásiana y de cosacos. El gobierno estaba, indudablemente, de acuerdo secreto con esta manobra. Pero ante el peligro de la reacción, se aproximaba, el entusiasmo revolucionario y la pasión de la lucha revolucionaria se mostraron tan claramente entre la población que el gobierno — o mejor: su parte socialista — se vió obligado a provocar la apariencia de un procedimiento en contra este general contrarrevolucionario. Pero nadie creyó en la sinceridad de estas medidas. Los obreros se preparaban energica e independientemente a resistir a la reacción, y juntos con ellos, los elementos mejores de la marina y de la guarnición de Petrogrado. Se envió al encuentro de las tropas contrarrevolucionarias a delegados del Soviet de Petrogrado, quienes consiguieron entrar en relaciones directas con los soldados y excursionarios dándoles y con que fin les condujeron los oficiales. Muchos elementos de las tropas, conociendo la verdad, enviaron sus representantes al Soviet de Petrogrado declarando su adhesión. Gracias a las medidas de la clase obrera, de las organizaciones y del Soviet, la ofensiva contrarrevolucionaria fracasó. Sin embargo, sus organizadores y causantes quedaron intactos, pues se encontraron en el gobierno o muy cerca de él.

Ya en septiembre y a principios de octubre, todas las organizaciones obreras habían comprendido que la salvación de la revolución frente a las tentativas continuas de los contrarrevolucionarios y reaccionarios sólo sería posible, si la clase obrera, de acuerdo con los campesinos revolucionarios y con el ejército, se apoderaba del poder. Durante estos meses la idea de los Soviets contó en las organizaciones obreras no sólo con simpatías pláticas, sino con la mayoría inmensa de los representantes del gremialismo; la mayoría de las presidencias gremiales y de los comités obreros se mostraron partidarios activos del poder de los Soviets. A principios del mes de noviembre, ante el segundo congreso de los Soviets, el proletariado revolucionario de Petrogrado, ayudado por la marina y la guarnición, pasó de la defensa a la ofensiva contra la contrarrevolución. En el transcurso de unas horas, el poder del gobierno provisorio fué destruido por el mismo Soviet que le había entregado, meses atrás, a la burguesía y a los oportunistas. Todo el país siguió el ejemplo de Petrogrado. La bandera de la lucha por el poder de los soviets fué

desplegada en toda la nación y provocó una resistencia desesperada de parte de los explotadores y de sus lacayos de todas las orientaciones.

LA LUCHA POR EL PODER DE LOS SOVIETS

El segundo congreso de los Soviets, reunido el 7 de noviembre de 1917, aprobó por una mayoría aplastante la política del Soviet de Petrogrado. El gobierno de coalición fue destituido. Rusia se declaró una república de los Soviets. El gobierno provisorio socialista-burgués que se había formado en el palacio de Taurida, con el apoyo del consejo de obreros y soldados de Petrogrado, resolvió defender el poder de los burgueses con la ayuda de la división caucasiana y de los cosacos de Krasnov.

Kerensky organizó su avanzada contra Petrogrado, pero fue batido y consiguió huir, sólo gracias a la misericordia de los comandantes rojos de la clase obrera. Durante estas luchas, los comités de las fábricas y las organizaciones gremiales entraron bajo las banderas de los Soviets. Las fábricas trabajaron en material bélico y llevaron a cabo las reparaciones necesarias y los obreros organizados se encargaron de la gestión ininterrumpida de las instituciones sociales y estatales en general.

EL MOVIMIENTO GREMIAL DESPUES DE LA REVOLUCION DE NOVIEMBRE

La revolución de noviembre traía un cambio completo en la política y táctica del movimiento gremial. Si antes — durante el régimen capitalista — toda la tarea de la organización gremial consistió unir a los obreros en la lucha por el mejoramiento de la situación material, la reducción del horario, el aumento de los salarios, el seguro social contra accidentes, enfermedad, invalidez y vejez, mejora del estado sanitario de los talleres y de la vivienda, semejantes propósitos carecían de objeto después de una revolución que dió todo el poder a los Soviets, esto es, cuando los obreros y los campesinos pobres, eran los poseedores de la autoridad estatal.

En el momento en que el poder político estaba en las propias manos de la clase obrera, debía éste ser fundado sobre la base de las organizaciones económicas del proletariado o — mejor dicho — debía ser compartido por ellas, y, entonces, la colaboración con el poder debía transformarse en una tarea muy activa. Y ésta fue cumplida primeramente, antes de que fueran resueltas las direcciones generales y las tareas de la organización gremial en estos nuevos tiempos.

Desde la revolución de noviembre basta el primer congreso de las organizaciones gremiales — cerca de dos meses — se llevó a cabo una obra gigantesca, tanto por parte de los gremios como por parte de los comités de fábrica. La actividad durante estos dos meses de

lucha en favor del socialismo fué determinado, principalmente, por la manera de luchar del capital organizado. Es sabido que los capitalistas y sus adeptos contestaron a la revolución de los obreros y campesinos con lockouts y sabotajes. Cerraron sus fábricas y talleres. Se rehusaron a pagar a los obreros el tiempo que habían trabajado por ellos; ocultaron sus diversas materias primas, etc.

En una palabra: los capitalistas declararon la guerra a los soviets y a los gremios. Vencidos en el campo político, los capitalistas trasladaron la guerra del campo militar al económico, en la creencia de poder, así, dar el golpe de gracia a la clase obrera. A la clausura de las fábricas y talleres contestó el gobierno con la confiscación de la propiedad y con el orden de reanudar el trabajo. Al sabotaje de los empleados contestaron los gremios con su sustitución por obreros. Así la tarea de suma responsabilidad de la organización y dirección de las fábricas estuvo a cargo de los gremios y de los comités. Carecíamos de alguna experiencia del proletariado internacional, que nos sirviese de modelo, como acontecía con los asuntos de la administración gremial. En ninguna obra histórica, en ningún catecismo socialista podíamos encontrar enseñanzas. La necesidad nos obligó a ser los primeros en transitar por el camino de la revolución social. Debíamos obrar y aprender de nuestra propia experiencia. Lo hicimos y lo hacemos aún.

EL CONGRESO

El primer congreso pan-ruso de las organizaciones gremiales se realizó del 7 al 14 de enero de 1918, juntamente dos meses después de la revolución de noviembre. Se reunieron ahí 416 delegados con derecho al voto y 75 con derecho al uso de la palabra. Los gremios mayores representados tenían el número siguiente de afiliados:

El de los obreros metalúrgicos	600.000
» » » textiles	500.000
» » » en cuarenta y cinco	200.000
De empleados de las instituciones estatales y generales	180.000
El de los obreros químicos	150.000
El de los marineros de la flota mercantil	150.000

etc., etc., en un total: 2.638.812 miembros. En la 3.^a conferencia que se había realizado en julio de 1917, esto es 6 meses antes, el número de los obreros representados había sido de 1.475.499 obreros. En el transcurso de sólo seis meses se vio, así, el progreso realizado por el movimiento gremial. 1.200.000 adherentes nuevos se habían incorporado a los gremios!

A. SCHLAPNIKOFF.

(Concluirá).

El Comité de Trabajos Públicos

Fui a visitar a Pavlovitch, Presidente del Comité de Construcciones del Estado, que me había concedido una entrevista. Era una mañana muy alegre y las calles estaban muy animadas. Frangiendo la verja para penetrar en la plaza Roja vi, como de costumbre, una masa de lugareños frente a la capilla de la Virgen Ibérica, en cuyo interior lucía un gran resplandor de cirios encendidos. Sobre el muro, sobre lo que había sido en otro tiempo creco que la Alcaldía, cerca de la verja, algún fanático ateo había colocado una tablilla con una inscripción en color blanco que decía: «La Religión es opio para el Pueblo». La tablilla, que parecía estar allí bastante tiempo, afectaba bastante aproximadamente la forma de las imágenes santas. Ante la capilla vi un viejo campesino, que indudablemente no sabía leer,

persignarse solemnemente, y después, volviéndose hacia la inscripción antirreligiosa, santiguarse con la misma solemnidad.

Conviene consignar que el programa comunista, no obstante insistir en la separación absoluta de la Iglesia y del Estado, y de la Iglesia y la Escuela, incluye una cláusula particular diciendo: «Debe evitarse de todos modos herir los sentimientos religiosos». Así es que las iglesias, capillas y santuarios están abiertos al culto y la procesiones religiosas continúan como antes, de modo que Moscú sigue siendo la ciudad de las campanas.

Una interminable fila de trineos cargados con sacos de trigo atravesaban la plaza. Un grupo de soldados del Ejército Rojo volvían de la parada, riendo y char-

lando, y visiblemente de mucho mejor aspecto que los hombres de seis meses atrás.

Detrás de la fantástica Catedral de San Basilio percibíase un cielo brillante y al pie de las murallas del Kremlin las sencillas tumbas donde yacían los que cayeron en la lucha durante la Revolución de Noviembre, aparecían muy bien cuidadas. Se estaba en tren de reparar cuidadosamente la andamiada en la fachada del Kremlin, que entonces fuera muy perjudicada.

El Comité de Trabajos Públicos había sido fundado la primavera pasada para centralizar la organización de los trabajos de construcción que antes se realizaban independientemente. Hacia la mitad del verano último pasado se transformó en órgano independiente con recursos propios. Está instalada actualmente en la Nikolskaya, en el barrio chino, inmediato al antiguo edificio de la Compañía Anglo-Rusa de Comercio, en cuya fachada, verde y blanca, se ve aun el león y el unicornio esculpidos a principios del siglo diez y siete.

Pavlovitch es un hombre pequeño y grueso, con lentas, sobre cuya cabeza calva aparecen islotos ornamentales de pelo rojo y cuya barba es también de color rojo y negro. Está vestido con chaqueta y pantalón de cuero negro, y sus primeras palabras son para lamentarse amargamente de que todos sus planes de ingeniería para mejorar las posibilidades de producción del país, no puedan efectuarse a causa de las imperiosas necesidades de la guerra. Antes de la Revolución había vivido en Francia como desterrado de Siberia y según dice, ha visto cómo esta nación hizo la guerra. Se le mandaron locomotoras y rieles para que aquellas pudieran correr, le enviaron todo cuanto necesitó en todas partes del mundo. Cuando le remitían caballos recibía al mismo tiempo forrajes para mantenerlos y herraduras y clavos para sus pezuñas. Si a nosotros se nos abasteciera así, Rusia estaría en paz en una semana. Pero carecemos de todo y se nos obliga a guerrear a pesar nuestro.

«Y la guerra, continuó diciendo, le entorpece todo. Este Comité debería trabajar para obras de paz, haciendo a Rusia un país útil a sí mismo y al resto del mundo. Conocéis nuestros proyectos. Pero teniendo que luchar en todas nuestras fronteras, con nuestros mejores hombres al frente del ejército nos vemos obligados a emplear el noventa por cien de nuestras energías y de nuestros elementos materiales para las necesidades inmediatas de la guerra. Cada día recibimos montones de telegramas de todos los frentes nos comunican infinitas y cosas. Por ejemplo, Trotsky nos telegrafía: «Estaremos en Oremburgo entro de dos días», dejándonos hacer lo necesario. Y ante eso, cualquiera que sea el trabajo que tenga entre manos debo abandonarlo, y con el mapa a la vista he de enviarle rápidamente todo cuanto necesita: ingenieros, equipos de obreros ferroviarios, material para puentes, etc., etc.»

En verdad, la mayor obra de ingeniería hecha en Rusia desde hace muchos años la hicimos influidos por el temor de que los alemanes nos tomasen nuestra flota del Báltico. No podíamos salvar los dreadnoughts, pero decidí salvar todo cuanto fuera posible.

Ya en tiempos del Zar se había proyectado el ensanche y ablandamiento del sistema de canales en términos que permitieran el paso de buques de cierto tonelaje, desde el Volga al Báltico, pero fue abandonado por imposible. En cierta ocasión se trató de hacer pasar dos torpederos, y para hacer la prueba se les montó sobre gabarras. Nosotros, pues, examinamos las posibilidades y decidimos que el proyecto, tal cual se había decidido como imposible, podía, al contrario, realizarse. Los canales fueron ensanchados y profundizados y por ellos hicieron pasar, impulsados por sus propias fuerzas motrices, siete grandes destroyers, seis pequeños y cuatro submarinos, todos los cuales llegaron una mañana, inesperadamente, ante la ciudad de Kazan, contribuyendo grandemente a darnos la victoria. Pero el público se retiró a los hombres y material de las grandes obras de una estación eléctrica, con la que hubiéramos hecho a Petrogrado independiente del abastecimiento de carbón.

«Las dificultades con que debemos luchar son enor-

mes; ello no obstante, mucho de lo que dejó sin hacer el antiguo régimen por falta de iniciativas o por otras causas, lo hemos hecho nosotros ya o estamos en vías de hacerlo. Con frecuencia las dificultades que obstaculizan nuestra marcha son de lo más inesperado que darse se pueda. A veces, los mismos habitantes de localidades que nuestras obras favorecen, se nos muestran hostiles a la realización de importantes transformaciones de energía eléctrica, ya porque no las comprenden o ya, y esto es lo más frecuente, por la influencia de nuestros adversarios políticos. Así, pues, he tenido una vez que ir yo personalmente a explicar la importancia de las obras, a decir que su río era muy rico, que convenía explotar en su beneficio, que con nuestras obras podrían obtener fuerza barata para aplicarla a toda suerte de trabajos y que además gozarían de luz eléctrica en sus viviendas. Me llevaron en triunfo por todo el pueblo después de mis explicaciones y enviaron telegramas a Lenin, a Zinoviev y a todo el mundo, y desde entonces no hemos tenido sino ayuda de su parte.

«La casi totalidad de nuestra energía la tenemos que emplear actualmente en construir y reparar ferrocarriles y carreteras para el ejército. Se están construyendo más de 21.000 verstas de ferrocarril y hemos terminado ya la línea de Arzamas a Shikhan. Están en vías de construcción unas 1.200 verstas de carretera. Y para atender a las necesidades del ejército hemos reparado ya más de 8.000 verstas de diferentes vías de comunicación. De hecho, el resultado positivo del ferrocarril interior de Rusia no es tan deficiente como la gente cree. Gracias a eso, enredados como estamos, hemos podido derrotar a los contrarrevolucionarios, concentrando rápidamente nuestras mejores tropas en cualquier extremo donde ha sido necesario. Observad que por todas partes, nuestras dilatadas fronteras, nos vemos forzados a luchar contra grupos reaccionarios apoyados primeramente por los alemanes y ahora por ustedes los ingleses, los rumanos, los polacos y que sé yo cuántos enemigos más. Las tropas que luchan en el frente de los Urales se encuentran un mes después al sur de Voroneje, y al mes siguiente tienen que combatir a los alemanes, obligándolos a evacuar las provincias que aun tienen ocupadas. Por otra parte, algunas de nuestras tropas están en período de formación, lo que hace que un día estén en medida de luchar y que al día siguiente no lo estén. Así es que nuestras mejores tropas, aquellas que están compuestas en su mayoría por obreros industriales, han de ser constantemente dirigidas de uno a otro lado, según las solicita la realidad. En nuestro trabajo aprovechamos todo el tiempo disponible y lo consagramos al trazado y apertura de nuevas vías de comunicación, con el fin de poder maniobrar con más rapidez aun. Pero cuántas energías perdidas, mientras hay tantas otras cosas que quisiéramos poder hacer!

«Todo el tiempo nos lo absorben las necesidades de la guerra. Hoy es el primer día, desde hace dos meses, que hemos podido tener calefacción en este edificio. Aquí hemos estado trabajando envueltos en nuestros abrigo y con nuestros sombreros de piel encasquetados, con una temperatura bajo cero. ¿Y por qué? Desde hacía algunos días se nos había dirigido leña para nosotros, pero repentinamente tuvimos que enviar todas nuestras tropas al norte y la leña fué arrojada de los vagones, aprovechándose todos para el ejército. Sin embargo, nuestro trabajo tenía que hacerse y nos arreglamos como pudimos para cumplir nuestro cometido no obstante el frío. Muchos de mis colaboradores cayeron enfermos. Ayer mismo hubo que llevar dos a sus casas afectados por ataques nerviosos, debido al trabajo sedentario, prolongado en habitaciones heladas. Yo he perdido el uso de mi mano derecha, por la misma razón. Y haciendo un esfuerzo sacó su diestra mano del fondo de su bolsillo donde hasta entonces la había tenido metida. Quedéme sorprendido. La mano ofrecía un raro aspecto de hinchazón e inmovilidad y sus dedos parecían a raíces de un extraño vegetal.

En este momento entró alguien para hablar con Pavlovitch, llegó hasta cerca de la mesa avanzando por mi espalda de modo que yo no podía verle. Pero no

tando Pavlovitch que me miraba con curiosidad, le pregunté: ¿Os conocéis? Volvíme entonces y me encontré en presencia de Sukhanov, amigo de Gorky, uno de los más inteligentes redactores de la *Novaya Jizn*. Me levanté de un salto y nos estrechamos la mano en efusión.

Y le pregunté:

—¿Os pasáis a los bolcheviques?

—De ningún modo, me replicó. Pero trabajo aquí.

Y Pavlovitch intercedió diciendo: «Sukhanov cree que hacemos menos mal que cualquier otro». Y se sonrió. «Vaya usted con él, continuó diciendo, y le contaré todo cuanto de malo puede decirse de nosotros; y tenga usted entendido que no hay poco que decir».

Sukhanov era uno de los más encarnizados enemigos del bolshevismo. Tanto, que se enfadó seriamente con uno de sus mejores amigos porque hace un año dijo que, tarde o temprano, iría a trabajar con ellos. Referí esto a Pavlovitch y se sonrió nuevamente y a su vez me contó lo siguiente: «Hace mucho tiempo Sukhanov me hizo proposiciones, por mediación de Milutin, para venir a ayudarnos. Yo acepté gustoso, y todo estaba arreglado cuando apareció una nota en el *Pravda* en la que se daba la noticia de que venía a trabajar con nosotros en este Comité. Entonces se avergonzó y publicó una rectificación. Milutin se enfadó y quería que yo publicara la verdad de lo acaecido. Me negué. Pero aquel mismo día escribí en mi diario: «Sukhanov, vendrá». Tres meses después estaba ya trabajando con nosotros. «Un día me dijo que en el gran diario de la revolución que está escribiendo, y que escribirá muy bien por cierto, había un pequeño agravio para mí. Yo, le contesté, no tengo ninguno que consignar en su cargo; pero le enseñaré una página de mi diario. Y le presenté la ya citada, diciéndole que se fijara en la fecha... Sukhanov es un hombre honrado y por eso mismo tenía que venir a nuestro lado».

Luego siguió hablando en estos términos:

«Paralizados como estamos por la carencia de todo, no hubiésemos podido llevar a cabo la lucha que sostenemos contra los reaccionarios sin el auxilio decidido y entusiasta que nos presta la totalidad del pueblo, que es revolucionario. Los reaccionarios tienen dinero, municiones, aprovisionamientos de toda clase, instructores que les llegan constantemente del extranjero. Nosotros no tenemos nada y sin embargo les batimos y venceremos. ¿Sabéis que los ingleses les han dado tanques? ¿Sabéis que en cierto combate emplearon gases o algo por el estilo y los dejaron ciegos a ochocientos hombres? Pues todo ello no obstante, los aplastaremos. ¿Por qué? Porque de cada ciudad que les toquemos sacamos fuerzas nuevas que nos ayudan; de cada pueblo que nos toman no sacan nada, sino que tienen que dejar una garantía que someta contra su voluntad a sus habitantes».

—Y si se os concedieran la paz, ¿qué pasaría?

—Haríamos traer del exterior todo aquello que no podemos procurarnos en el país. Necesitamos cien mil verstas de ferrocarril. Actualmente tenemos que levantar los rieles de unos sitios para trasladarlos y ponerlos en otra parte. Queremos, pues, muchos ferrocarriles; dragas para nuestras obras de canales y ríos; excavadoras para nuestras empresas.

—¿Y cómo creéis que las venderían todo eso si vuestro crédito no ofrece ninguna garantía?

—Pagaremos en concesiones; daremos a los extranjeros derechos para proveerse en el país de materias primas. Por ejemplo, la madera vale actualmente cualquier precio. Poseemos inmensas extensiones de bosques en el norte y todos los países de Europa necesitan madera. Esto puede ser una garantía para nuestras compras en el extranjero. Podemos, pues, decirles: construyánnos esto o dénnos aquello y en cambio les otorgamos permiso para sacar tanto o cuánta madera. Y así en cada caso. «Además, podemos hacer concesiones de otro género. La prueba de ello es que se está haciendo ahora negociaciones con una casa extranjera para la construcción de un ferrocarril desde el Obi a Kotlas».

—Pero una parte de esa región no está en vuestras manos.

—«Si se hace la paz podremos arreglar esto sin dificultades».

En el momento mismo de marcharme me detuvo, y el bueno de Pavlovitch, bien lejos de pensar que los ingleses generalmente les creen, tanto a él como a sus amigos, si no diablos extraños y con cuernos, por lo menos gentes que distan mucho de los seres humanos normales, me preguntó ingenuamente: «¿Si olvíuéssemos la paz, ¿creerá usted que en Inglaterra habría ingenieros y obreros especialistas que vendrían a Rusia para ayudarnos? Hay tanto que hacer aquí que a quienes vengan les daremos, os lo prometo, en ese momento, el mejor trabajo. Estamos tan necesitados de obreros especialistas, como de locomotoras. Ahora estamos preparando legiones de hombres inexpertos que, mostrando buena voluntad, los estimulamos poco a poco a aprender en el trabajo su oficio. Pero entre los socialistas ingleses debe haber ingenieros, ferroviarios y mecánicos que tal vez estuvieran contentos de venir a ayudarnos. Aunque, naturalmente, no se necesita ser socialista; nos basta con que conozcan bien su oficio».

Esta última sugestión es muy característica. Es imposible hacer creer a estos hombres que los ingleses sienten hostilidad hacia ellos. En cambio no les inspiramos ninguna animosidad los ingleses como tales. A mi regreso hacia el hotel encontré un grupo de soldados ingleses hechos prisioneros en el frente norte, los cuales se paseaban libremente por las calles sin ningún género de vigilancia.

ARTHUR RANSOME.

(Del libro «Seis semanas en Rusia en 1919».

Notas sobre la Revolución bolshevikí

Petrogrado, 11[24 de noviembre de 1917.

Señor Albert Thomas, diputado (Champigny-sur-Marne).

Mi querido amigo:

Cada día, en estas notas prematuras, recojo los mismos argumentos. Busco, en efecto, de introducirlos en las cabezas parisienses al mismo tiempo que de meterlos en los cerebros petrogradenses. Desgraciadamente, el telégrafo como la correspondencia directa me está impedida, mis medios de acción sobre París

están reducidos al mínimo y son demasiado lentos. Mis golpes de martillo, retumbantes y vigorosos, producen escándalo, dos o tres veces ya, se me hizo saber que que mi política (?), opuesta a la de la Embajada, es inaceptable. Se me amenaza con enviarme a Francia. He respondido que estaría satisfecho de una decisión que me permitiera precisar de viva voz las observaciones escritas, necesariamente esquemáticas y atenuadas, que envíe y que posiblemente hayan sido interceptadas. Sin embargo, después de dos o tres días, la oposición contra «mi política» es menos viva. Los hechos justifican tan completamente mis previsiones, que no se

podrá reprocharme más el haber visto claro y es difícil tratarne oficialmente con rigor.

Desde el 26 de octubre he dicho y no cesé después de repetirlo a M. M. Noulens, Petit, etc., colocando a cada uno en frente a sus responsabilidades. 1.º Que el bolshevismo, en su forma actual, no ha surgido enteramente de los cerebros de Lenin y Trotzky, sino que es una consecuencia, un producto de la guerra, que se percibe en potencia desde meses atrás en el alma rusa y que Lenin y Trotzky no han hecho más que concretar en fórmulas simples lo que se encuentra en las conciencias fatigadas o flojas de cada uno. 2.º Que en lo tocante a la cuestión de la paz inmediata existe, en efecto, un acuerdo indudable entre los bolsheviks y la nación rusa, y por lo tanto una derrota de Lenin y Trotzky no modificaría sensiblemente la situación porque sus sucesores, cualquiera sean, deberán continuar su política de paz y la continuarán, sin duda con menos orden, con menos sentido de organización y de voluntad que los actuales dictadores.

3.º Que todas las clases rusas y todos los partidos políticos están de acuerdo en la necesidad de la paz inmediata; la aristocracia y la burguesía parecen infinitamente más dispuestas a capitular, más dispuestas a hacer concesiones vergonzosas, territoriales y económicas, y a someterse al aplastamiento bajo las botas alemanas que los internacionales bolsheviks;

4.º Que el movimiento maximalista vencerá y durará por lo menos algunos meses, que él cuenta con el ejército y que no se le puede oponer ninguna fuerza organizada;

5.º Que en lugar de cifrar todas nuestras esperanzas en los movimientos antibolsheviks nacidos muertos, y comprometernos tantamente en sostener a Kerensky, Kaledin, Savinkof, Goltz, Dan y otras estrellas apagadas que no brillarán más durante un largo eclipse, de cubrir de injurias a los jefes bolsheviks, es decir, de hacer todo para desarrollar contra nosotros el odio de la democracia rusa, convendría más tratar oficialmente a lo menos, con Lenin y Trotzky;

6.º Que una ruptura de la Entente con Rusia, no corregida por una paz separada anglo-franco-alemana, tendría por consecuencia casi inevitable precipitar a nuestro aliado en los brazos de Alemania, lo cual debe ser evitado a toda costa;

7.º Que a partir del momento que nosotros conversemos con ellos, estos hombres nos darán garantías, haciendo concesiones a la realidad, que traerán como consecuencia una acción favorable a los intereses aliados y rusos;

8.º Que en el caso deseado de entablar conversaciones con Lenin y Trotzky, nosotros no podremos seducirlos sino consentiendo y prometiendo firmemente ciertas concesiones, tales como la revisión inmediata de nuestros objetivos de guerra, concesión tanto más fácil de acordar cuando que nosotros deberemos próximamente, de grado o por fuerza, proceder a esta revisión.

9.º Que en caso de que por nuestra vacilación, por nuestra torpeza, no podamos impedir que los bolsheviks entablen conversaciones de paz con Alemania, nuestro estricto deber consistirá en aproximarnos urgentemente a ellos, suministrarles argumentos a fin de colocarlos en situación de defender seriamente los intereses de Rusia y los de la Entente;

10. En resumen: nada es más ininteligente y más nefasto para los intereses aliados que una política que niega sistemáticamente los hechos más evidentes, cultivando el justo odio de los bolsheviks contra los gobiernos de la Entente, y persistiendo en los errores más graves antes de reconocerlos; es menester confesar esas injusticias, resignarse a lo inevitable y colaborar sin tardanza con los bolsheviks, violentos e ideó

logos, pero teniendo sobre sus sucesores eventuales, la rara ventaja, en Rusia, de ser hombres de voluntad indomable, que saben bien lo que quieren y que son capaces de realizarlo.

Me apresuro a comprobar que mis afirmaciones paradojales y subversivas, han sido siempre acogidas por mis jefes de la Misión militar con una curiosidad indulgente que se ha manifestado cada vez más interesada. Y estoy reconocido al general de la benevolente confianza que constantemente me ha testimoniado.

En los otros medios se me reconoció haber tenido bastante razón. Tengo, también, la gran culpa de ser amigo de Albert Thomas, de haber formado parte del Ministerio de Albert Thomas, de Thomas que hizo aquí y allí, que ha desencadenado la desgraciada ofensiva de junio, que hizo acordar por Francia un crédito excesivo a Kerensky, que no ha visto ni hizo ver a los aliados la situación lamentable de Rusia, etc., etc.

Felizmente, esta mala opinión que ciertos personajes pretenden tener sobre la acción de Albert Thomas no encuentra gran eco aquí. En los medios industriales y militares aliados, como en la mayor parte de los medios políticos rusos, se lamenta su ausencia actual. Es cierto que Thomas habría comprendido y que algunos errores habrían sido evitados. Sí, como supongo, la política bolshevikí, es decir, la política de paz bajo el rótulo Trotzky-Lenin, o bajo otro, persiste muy poderosa en Rusia, se impondrá, a breve plazo un cambio del personal diplomático aliado. Será necesario cambiar los hombres que se han equivocado, que son detestados por los amos de la hora, que no tendrán nunca nada y que, además, parecen, a muchos, de buen juicio, incapaces de comprender la terrible nueva situación. Si, por razones inexcusables, de camaradería, de timidez, se deja en sus funciones a los ministros en ejercicio, sería necesario, por lo menos, enviar aquí a algunas personalidades capaces de dominarlos, de dirigirlos y de representar realmente a la Entente.

Por Francia, si Thomas es retenido en París, yo pienso en hombres como Sembat, Paul Boncour, Briand mismo, o en jóvenes como Lafont y Laval, de inteligencia abierta, democrática flexible, que sabrían consentir hábilmente en las concesiones indispensables y que serían capaces de realizar una acción bienhechora. Pienso en representantes jóvenes, a los cuales se les dejaría una gran iniciativa, audaces y resignados en dejarse sacrificar sin protesta, implacablemente, si los acontecimientos tomaran un mal cariz y si Francia se encontrase en la necesidad de desconocerlos.

¿Se decidirán a reconocer, oficialmente al gobierno bolshevikí? Si la comedia no se juega a nuestra expensa, sería ridículo pensar que no se quiere reconocer, lo que es en rigor admisible, pero que se persiste en ignorar hasta la existencia de un gobierno que desde 15 días, ha gobernado mucho más que todos los precedentes ministros en 8 meses, y cuya acción tendrá sobre la política mundial por la guerra, y después de la guerra, una repercusión formidable. Impulsados por las masas a las cuales han arrastrado a la lucha los bolsheviks, se ven constreñidos a realizar, a lo menos sobre el papel, los artículos esenciales de su programa: ¡Que los aliados no cometan faltas inútiles! Levados por la opinión rusa Lenin y Trotzky no se dejarán detener ante ninguna protesta aliada. Todas nuestras amenazas sólo conseguirán exasperarlos. No disponemos más que de un medio de obrar sobre ellos, de desviar su acción, de atenuar sus peligrosas consecuencias para la Entente y este medio no es ni la protesta, ni poner mala cara, ni la expectativa; es la conversación para no decir la colaboración.

Jacques Sadoul.

Los problemas del Soviet Húngaro

(Conclusión)

Alguien me ha gritado que hubiera sido necesario hacerlo desde el comienzo y yo respondo sinceramente: cuando se realizó la Revolución, dos grupos de hombres se fundieron para lograr el mismo fin. Uno desde hacía tiempo sustentaba la ideología comunista y durante meses se preparaba para un trabajo de reconstrucción para el momento en que la dictadura proletaria fuera una realidad. El otro grupo estuvo, desde el comienzo, lleno de temor ante la dictadura proletaria. Durante la primera semana se mantuvo en un estado de completo aturdimiento, y sólo después de algún tiempo pudo prepararse para la tarea que imponía la dictadura del proletariado. No queríamos que la producción se detuviera y que una completa desorganización sucediera al hecho revolucionario. Nos vimos obligados a dirigirnos a los compañeros disponibles preparados, únicamente en cuanto eran viejos comunistas, a fin que se entregaran con pasión al trabajo. Hoy se trata de elegir poco a poco de entre ellos a los mejores, a los más capaces, a los más instruidos, sea de los viejos o de los jóvenes. De este modo construiremos la nueva organización.

Habíamos oído muchos lamentos acerca de los abusos de la nueva burocracia, mas no quiero contestarlos, aunque la vieja haya cometido muchos más grandes, pero no era nada fácil descubrir en el laberinto de la vieja burocracia los abusos en que incurria. Entre nosotros, en cambio, los abusos se evidenciaban inmediatamente, precisamente porque los hombres de la nueva burocracia eran muy inexpertos y carecían de destreza en su cometido. Disponíamos, últimamente, de un número suficiente de personas entre las cuales podíamos elegir y podíamos desembarazarnos de toda aquella gente improvisada. Así íbamos a arrojar a los incapaces y a los deshonestos del servicio proletario.

Cuando hablo de una nueva burocracia, no me refiero únicamente a los elementos intelectuales, sino también a los que provienen de la clase obrera. Considero que los elementos proletarios deben ser atraídos a la administración del Estado proletario, y si esto no aconteciera, no existiría un Estado proletario. Aun entre los obreros existe la tendencia a exagerar de manera especial la burocracia compuesta de proletarios, y debo manifestar abiertamente que los abusos se cometieron tanto de parte de los obreros convertidos en funcionarios como de parte de los burocratas intelectuales. No existe diferencia, al respecto, entre Budapest y la provincia; en las provincias existen Directores cuyos miembros cubren sus casas con tapetes persa y se hacen culpables de numerosos abusos. Una

gran obra de depuración debió realizarse en este sentido.

La disminución de la producción

Debemos estar de acuerdo en reconocer que también el Estado proletario no puede ofrecer más mercaderías que la producida por los obreros. Pero cuando examinamos el resultado, veo que es realmente pésimo. En general, el rendimiento ha disminuido mucho; algo menor para la agricultura, pero mucho mayor en muchas ramas de la industria. En lo relativo a las minas de carbón, por ejemplo, el rendimiento en comparación con la época de Karoly había bajado de 10 al 38 olo, y esto en lo que respecta al rendimiento individual, pues no hablo de la producción por fábricas. En comparación al tiempo de paz, esta disminución era del 50 olo. Para la industria el 30 olo en la fábrica de máquinas Lang y del 75 olo en la fábrica de ascensores, etc. La disminución es menos sensible en aquellas empresas donde el trabajo de los obreros se limita a accionar las máquinas como por ejemplo, en la industria química, y en el comercio de las harinas. Si investigamos las causas de esta disminución — y, repito, no se trata por falta de carbón o de materias primas, sino de la disminución del trabajo individual — la primera razón que se presenta es la falta de la disciplina capitalista sobre el trabajo. En la producción capitalista, existía todo un sistema, que impulsaba al trabajo; si el obrero no producía una cantidad determinada de trabajo, se le despedía simplemente. Este estado de cosas había cesado con la caída de la burguesía. Había sido suprimida la antigua disciplina del trabajo, no se había llegado a formar una nueva, pero iba estableciéndose. Se ha podido comprobar cierta mejora, pero el mal persistía, otro factor era la supresión del trabajo a destajo y el pasaje al sistema del trabajo a horas que disminuye, precisamente, el rendimiento del trabajo aun entre los mejores obreros.

Muchas personas no se elevan hasta la cima de la conciencia socialista que será patrimonio de las próximas generaciones. No se había aún arraigado el concepto que todos deben trabajar lo que puedan, aunque reciban la misma parte en la producción común, dado que la fuerza muscular y la habilidad son diferentes en todos los individuos; esto es el verdadero comunismo y fraternidad. Pero los obreros consideraban todavía las cosas desde el viejo punto de vista capitalista, y es por eso que debimos volver al sistema de pagar a destajo.

Eugenio Varga.

El 10 de Noviembre aparecerá el último libro de N. LENIN, titulado:

EL "RADICALISMO"

— enfermedad de infancia del Comunismo —

Editado por el Bureau de la Europa Occidental de la Internacional Comunista

SUMARIO: — I ¿En qué sentido se puede hablar de la significación internacional de la Revolución Rusa? — II Una de las principales condiciones del éxito de los bolsheviks. — III Las etapas más importantes en la historia del bolshevismo. — IV ¿En la lucha, con qué enemigos dentro del movimiento obrero el bolshevismo creció, se desarrolló y se robusteció? — V El comunismo «radical» en Alemania. — VI ¿Deben militar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios? — VII ¿Se debe participar en los parlamentos burgueses? — VIII «Ningun compromiso». — IX El comunismo «radical» en la Gran Bretaña. — X Algunas deducciones. — **APÉNDICE:** — I la escisión de los comunistas alemanes. — II Los comunistas y los independientes en Alemania. — III Turati en Italia. — IV Conclusiones falsas de premisas exactas.

Precio del ejemplar, \$ 1.20

Los pedidos no menores de 10 ejemplares, 25 % de descuento.

Los pedidos dirigirlos a JOSE NO, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires

Se encuentra en venta el interesante folleto:

"SPARTACUS"

PROPOSITOS, OBJETIVOS Y AVENTURAS

Precio 0.20 ctvs.

Pedidos a JOSE NO

Casilla de Correo 1160 — Buenos Aires

EN BREVE APARECERAN:

La obra reconstructiva de los Soviets, por Nicolás Lenin.

El Código del Trabajo de la Rusia de los Soviets.

La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky, por Nicolás Lenin

BIBLIOTECA DOCUMENTOS DEL PROGRESO

Nicolás Lenin. — La victoria del Soviet. — John Reed. — Cómo funciona el Soviet	(agotado)
Jacques Sadoul. — Una obra gigantesca cumplida por gigantes	> >
Nicolás Lenin. — La lucha por el pan. — León Trotzky. — Trabajo, orden y disciplina salvarán a la República Socialista	> 0.20
León Trotzky. — El advenimiento del bolshevismo. (Desde la Revolución de Octubre al Tratado de paz Brest-Litovsk)	> 1.—
Spartacus. — Propósitos, objetivos y aventuras	> 0.20
Carlos Radeck. — El desarrollo del Socialismo; de la Ciencia a la Acción	> 0.20
Nicolás Lenin. — Los Socialistas y el Estado	> 0.20
> > — Las Enseñanzas de la Comuna de París	> 0.20
> > — Los Reformistas y el Estado. — Crítica de Engels	> 0.20
> > — La Sociedad Comunista	> 0.20
G. Zinovieff. — Lenin. — Su vida y su actividad	> 0.20

A estos precios deberán agregarse los gastos de franqueo

EN NUMEROS SUCESIVOS SE PUBLICARAN ENTRE OTROS
INTERESANTES TRABAJOS, LOS SIGUIENTES:

Nicolás Lenin. — Cómo la burguesía utiliza a los renegados.
G. Chicherin. — Denikin y los aliados.
W. Schmidt. — El movimiento sindical en Rusia.
El programa del Partido Comunista.
Nicolás Bukharin. — Iglesia y Escuela en la República de los Soviets.
El movimiento obrero en los Estados Unidos hacia la izquierda.
Miasnikov. — La Dictadura del Proletariado y las Cooperativas.
C. Nikolsky. — La República Rusa de los Soviets.
N. H. Brailsford. — ¿Parlamento o Soviet?

A NUESTROS SUSCRIPTORES:

Advertimos a nuestros lectores, que debido al elevado costo del
papel, nos vemos obligados a aumentar el precio de suscripción.

Semestre	\$ 2.40
Año	" 4.50
Precio del ejemplar	" 0.20

Los que deseen suscribirse, pueden enviar su importe, en giro o cer-
tificado, a nombre de

JOSE NO, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

A NUESTROS LECTORES

En breve las colecciones de esta revista se agotarán. Se trata de la
más importante colección de escritos de los más grandes pensadores, soció-
logos y estadistas, sobre el movimiento social contemporáneo. A excepción
de los cuatro primeros números, que en breve se reeditarán, los restantes
pueden obtenerse, además de esta administración en los quioscos y libre-
rias siguientes:

LIBRERIAS

Méjico 2162
Rivadavia 1731
Corrientes 1361

Avenida de Mayo 1028
Almirante Brown 1255
Carlos Pellegrini 759

QUIOSCOS

Corrientes y Callao
Corrientes y Pueyrredón
Avenida de Mayo y Piedras.